

Heterodoxos
e incómodos
en la historia y la
literatura españolas
de la edad
contemporánea



Comunidad de Madrid

CONSEJERIA DE EDUCACION

***Heterodoxos e incómodos en la
historia y la literatura españolas
de la edad contemporánea***

*Heterodoxos e incómodos
en la historia y la literatura
españolas de la edad
contemporánea*



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

Tirada: 1.000 ejemplares
Edición: 02/2003

- © De esta edición:
Comunidad de Madrid
Consejería de Educación, 2003
- © De los textos, cada uno de sus autores:
D.L.: M-16.758-2003
I.S.B.N.: 84-451-2440-4
Imprime: BOCM

Índice

Presentación 7

Juan Francisco FUENTES

*Heterodoxia, transgresión y desacato en la vida
del abate Marchena (1768-1821)* 9

Mauro ARMIÑO

*Mariano José de Larra, entre la pasión
y el hastío* 23

Alberto GONZÁLEZ TROYANO

*Cansinos Assens y su complicidad
con los excluidos* 37

Miguel GARCÍA-POSADA

*César González-Ruano,
el redimido por la palabra* 47

Andrés TRAPIELLO

Conde de lo mismo 59

Presentación

Con el título *Heterodoxos e incómodos en la historia y la literatura españolas de la edad contemporánea*, la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid promovió, a través de su Departamento de Relaciones Institucionales, en los meses de enero y febrero de 2002, en el marco del Círculo de Bellas Artes, un ciclo de conferencias en el que se abordó, bajo el doble prisma histórico y literario, la significación de cinco figuras representativas y problemáticas por muy distintos motivos de la historia y la literatura contemporáneas: el abate Marchena, Mariano José de Larra, Rafael Cansinos Assens, César González-Ruano y Agustín de Foxá. Marchena fue tratado y analizado por el profesor Fuentes Aragonés a partir del excesivo maltrato que le dispensó Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos*; Larra fue abordado por el larrista Mauro Armiño en su enigma existencial y político; el profesor González Troyano examinó la rara heterodoxia de Cansinos Assens, cifrada en su solidaridad con los excluidos; el escritor Miguel García-Posada examinó la ambigua personalidad de González-Ruano latente en la relación existente entre su fervor literario y su desazón existencial; Foxá, en fin, fue abordado por el escritor Andrés Trapiello en la encrucijada de su filiación social y su dedicación literaria. Cinco conferencias que aportan nuevas luces sobre estos heterodoxos o problemáticos escritores, como podrá comprobarse en la lectura de los textos correspondientes, que hoy ponemos al alcance de todos los interesados en aquéllos.

Heterodoxia, transgresión y desacato en la vida del abate Marchena (1768-1821)

JUAN FRANCISCO FUENTES

Aunque José Marchena, más conocido como el *abate Marchena*, no figura en primera línea de la historia contemporánea de España, porque no fue presidente del gobierno, ni ministro, ni general ni siquiera diputado, ni es un escritor leído hoy en día, salvo por unos pocos iniciados, su nombre tiene cierta resonancia pública gracias a su condición de revolucionario y heterodoxo. Diría incluso que Marchena fue “el” heterodoxo por excelencia de todos los que conforman el *quién es quién* de la heterodoxia española hasta finales del siglo XIX. Me refiero, naturalmente, a la *Historia de los heterodoxos españoles* de don Marcelino Menéndez Pelayo, el autor que mejor y más tempranamente estudió la vida y la obra de Marchena. Primero le dedicó un amplio capítulo de aquel libro y, unos años después, escribió una extensa biografía como introducción a las obras de Marchena que editó el propio don Marcelino en 1892. En la relación entre uno y otro se da un fenómeno relativamente frecuente en las biografías, y es que el biógrafo acaba sintiéndose fascinado y seducido por su personaje, por grandes que sean, como en este caso, las diferencias intelectuales y políticas entre ambos.

Marchena fue, en opinión de Menéndez Pelayo, un hombre “ardiente e impetuoso, impaciente de toda traba, aborrecedor de los términos medios y de las restricciones mentales, e indócil a todo yugo”. Hasta aquí tenemos el retrato del heterodoxo en estado puro. Pero fue también, añade este autor, el “único heredero [en el siglo XVIII español] del espíritu temerario, indisciplinado y de aventura que lanzó a los españoles de otras edades a la conquista del mundo intelectual y a la del mundo físico, [y un] ejemplo lastimoso de talentos malogrados y de

condiciones geniales potentísimas, aunque el viento de la época las hizo eficaces para el mal". Y a continuación, viene la confesión de don Marcelino, que reconocía sentir "mucho menos antipatía por Marchena, revolucionario y jacobino, que por aquellos doctos clérigos sevillanos, afrancesados primero, luego autores del *despotismo ilustrado* (...), sin patria y sin ley, educadores de dos o tres generaciones doctrinarias".

Esta extraña sintonía de Menéndez Pelayo con él tiene, a mi juicio, dos explicaciones posibles. La primera la he apuntado un poco antes, y es un sentimiento, parecido al *síndrome de Estocolmo*, que tiene todo aquel autor que permanece intelectualmente secuestrado por un personaje a cuya biografía dedica un pedazo de su propia vida. A menudo, el resultado de esa relación es que el biógrafo se acaba mostrando más comprensivo de la cuenta con las razones de su personaje. La segunda explicación tiene que ver directamente con un rasgo específico de la personalidad de Marchena, que aparece esbozado en la cita anterior, y es su condición de perdedor nato, y de perdedor además que en ocasiones dio ejemplo de sacrificio y heroísmo. Ésa sería a los ojos de algunos contemporáneos la prueba definitiva de su extravagancia y de su locura, pero también una clave fundamental para entender la simpatía que inspira a la mayoría de sus biógrafos, por ejemplo a Menéndez Pelayo. Hay, asimismo, otro aspecto de su persona, destacado también por Menéndez Pelayo, que cabría considerar como una forma de heterodoxia física o como una metáfora de su personalidad extravagante. Me refiero a su fealdad y, en general, a una apariencia repulsiva que él mismo parecía complacerse en subrayar con una falta de higiene que incluso entonces llegó a llamar la atención de la gente. "Era", dice Menéndez Pelayo, "pequeñísimo de estatura, muy moreno y horriblemente feo, en términos que más que persona humana parecía un sátiro de las selvas". Mme. de Staël, por su parte, le describió como una "falta de ortografía de la naturaleza", una definición que parece casi una greguería ramoniana.

En una línea parecida a la que sigue Menéndez Pelayo en su biografía de Marchena, resaltando su condición de escritor maldito y transgresor, se encontraría un autor de nuestros días como Juan Goytisolo, que hizo de él, hace dos años, uno de los protagonistas de su novela *Carajicomedia*, protagonizada por varios personajes reales y ficticios; entre los primeros, además de Marchena, José M^º Blanco White —otro heterodoxo "de libro"— y el propio Menéndez Pelayo, que forma así un curioso trío con dos personajes odiados y amados por él en diverso grado. Al contrario que en la obra de don Marcelino, en la

novela de Goytisolo hay, como cabía esperar, una manifiesta reivindicación de la heterodoxia de Marchena, presentado como paradigma de una España libre, culta y tolerante, pero, sin duda, minoritaria en su precoz descubrimiento de la modernidad.

La precocidad fue uno de los rasgos más característicos de la personalidad y la trayectoria de José Marchena, antes incluso de convertirse en pionero de las ideas ilustradas y revolucionarias. A los seis años, el futuro *abate Marchena* era exhibido por su familia y su ayo en las principales casas de Sevilla como un portento de piedad y de sabiduría religiosa, hasta el punto de que un contemporáneo le consideró predestinado “a un eminente grado de santidad”. No era ése, desde luego, el camino que le reservaba el destino, pero Marchena no perdió nunca su capacidad para asombrar al mundo casi desde que nació en Utrera (Sevilla) en 1768 hasta su muerte en Madrid en 1821, a los cincuenta y dos años. A lo largo de ese medio siglo, su turbulenta vida transcurrió en paralelo con los sucesos revolucionarios desencadenados en Francia en 1789 y cuya onda expansiva llegó, más tarde o más temprano, a todos los confines. No fue el joven Marchena, como la mayoría de sus contemporáneos, un testigo mudo de una revolución que iba a cambiar la historia, sino que participó activamente, como hombre de acción que fue, tanto en la Revolución francesa como en la posterior Revolución liberal española.

Era hijo único de un propietario y jurista que desempeñó cargos de cierta importancia bajo los reinados de Carlos III. Algún autor ha dicho que semejante origen social no hacía prever su trayectoria revolucionaria. No estoy tan seguro, porque, sin ánimo de incurrir en un burdo determinismo sociológico, la reivindicación que hace Marchena en un texto de juventud de la *clase media*, a la que él pertenecía, considerándola depositaria exclusiva de la probidad y la virtud, denota su plena conciencia de pertenecer a una clase social que en la España de la época se encontraba claramente marginada por los estamentos privilegiados. El hecho es que la desahogada posición económica de su familia le permitió estudiar en Madrid y Salamanca. En esta última ciudad entró en contacto con las ideas de la Ilustración y llamó por primera vez la atención del Santo Oficio. Poco después (1787), con diecinueve años y recién licenciado en Leyes, publicó en Madrid una revista titulada *El Observador* de la que sólo aparecieron seis números, porque la Inquisición prohibió su continuación e inició un proceso que estuvo a punto de llevar al autor a la cárcel. Antes de que esto ocurriera, en 1792, emigró a Francia, que se encontraba entonces en plena Revolución. En aquella revista unipersonal, escrita antes de cumplir los veinte años, el

autor ya había formulado una declaración de intenciones que hacía presagiar el rumbo que iba a tomar su vida: “Yo aborrezco todo empeño que me coarte la libertad”.

De ahí, probablemente, que fuera uno de los pocos españoles que saludaron con entusiasmo la Revolución francesa hasta el punto de cruzar los Pirineos para vivirla más de cerca. Se instaló primero en Bayona, donde en seguida se hizo famoso por sus discursos incendiarios, y luego en París. Tuvo la mala suerte, además, de elegir el partido equivocado —algo frecuente en su vida— y de hacerse girondino en vísperas de la subida de Robespierre al poder. Fue encarcelado durante el Terror, liberado en 1794 y premiado con un empleo público por el tiempo pasado en la cárcel. Tardó muy poco, sin embargo, en ganarse la enemistad de las nuevas autoridades termidorianas. Esta propensión al desacato y al enfrentamiento con el poder —cualquiera que fuera— lo acompañó toda su vida. En los años siguientes, resultó nuevamente perseguido, encarcelado en varias ocasiones, expulsado de Francia y de Suiza, adonde había sido desterrado, y sometido a las mayores humillaciones, hasta que, con el golpe de estado de Brumario (noviembre de 1799) y el comienzo de la etapa napoleónica, pareció cambiar su suerte.

Tenía entonces treinta y un años, y sus cartas de esta época (1798-1800) denotan claramente el desencanto de quien ha vivido ya todo tipo de peripecias, ha perdido algunas de sus ilusiones de juventud y empieza a estar de vuelta de todo. “Deseo la felicidad de los hombres”, escribe por entonces, “sin buscar los medios de hacerles dichosos, pues no tengo esperanza de encontrarlos”. A todo ello se sumaba la nostalgia de su tierra, sobre todo de su Sevilla natal, pues se puede decir que Marchena, que fue pionero en tantas cosas, inauguró, con otros diez o doce españoles de su tiempo, el fenómeno del exilio político en la España contemporánea: “París”, le dice en 1798 a una primera suya en una carta que nunca llegó a su destino, “el decantado París, no indemniza de una cierta dosis de felicidad que se halla sólo en la propia patria. De suerte que para ser dichoso es malísimo cálculo exiliarse”. Pionero como exiliado y como revolucionario, Marchena fue también un adelantado a su tiempo en la renovación del léxico político español al usar por primera vez el adjetivo *liberal* en su actual significado ideológico: “Nuestro único objeto en la traducción de esta obra”, dice Marchena en su prólogo a la primera edición española del *Contrato social* de Rousseau, “ha sido que las ideas liberales se extiendan y propaguen, y que la Patria de los Lucanos y Padillas (...) conozca sus derechos y se esfuerce a vindicarlos”. De esta forma, en 1799, el escritor andaluz se

adelantaba en más de una década a los liberales de las Cortes de Cádiz en el uso de un término clave que entonces apenas empezaba a usarse en francés y que en español seguía teniendo únicamente su significado tradicional, como sinónimo de generoso y magnánimo. En cambio, como es sabido, el sustantivo *liberal* y su derivado *liberalismo* fueron creados en el Cádiz de las Cortes hacia 1811, de donde pasaron muy pronto al vocabulario político del mundo contemporáneo.

Ya he dicho que, a finales de 1799, con el nombramiento de Napoleón Bonaparte como nuevo hombre fuerte de la política francesa las cosas parecieron irle mejor al exiliado español. Por lo pronto, el nuevo gobierno le concedió un empleo en el Estado Mayor del ejército francés que luchaba en el Rin contra el Imperio austríaco. Yo tengo la sospecha de que ese nombramiento era la recompensa a los servicios prestados por Marchena a Napoleón en vísperas del golpe de estado del 18 Brumario.

Y aquí creo que, antes de seguir nuestro recorrido, se hace necesaria una consideración general sobre su trayectoria vital y, en general, sobre ese fragmento de vida humana insertado en la historia que es la biografía. Mi impresión es que la ortodoxia o la heterodoxia de un personaje nunca se presenta en estado químicamente puro, sino en forma de aleación con diversos materiales psicológicos y culturales hasta conformar una personalidad en toda su complejidad y con todas sus contradicciones. El grado de fidelidad a la propia imagen llega a ser, pues, muy variable, pero la plena identificación entre el personaje y su máscara es un desiderátum fuera del alcance del común de los humanos. Lo dijo el propio Marchena a propósito de Don Quijote, en una frase que se le podría aplicar perfectamente a él: “Sabía [Cervantes] que ninguno en todos los lances de su vida es constante con su propio carácter”, que hasta “los más sabios y los más esforzados adolecen en ciertos instantes de las flaquezas de la humanidad, y quiso que el héroe manchego pagase el tributo del que nunca puede quedar inmune un mísero mortal”. Cuando se ha buceado a fondo en biografías de distintas épocas, se llega a la conclusión también de que el personaje de una sola pieza no existe.

Pues bien, la vida de Marchena está claramente marcada por su carácter rebelde y transgresor, lo que le costó, como vamos viendo, un sinfín de persecuciones. Pero esta tendencia predominante en su personalidad no impide que asome en él, de vez en cuando, el firme propósito de sentar cabeza, de reconciliarse con los que mandan y de conseguir una cierta estabilidad económica y existencial que, por lo demás, no

alcanzará nunca. Esta tensión, ese conflicto entre dos impulsos contradictorios de su personalidad, responde, en parte, a las circunstancias históricas de una época de cambio vertiginoso, que podía tener efectos devastadores sobre la vida del más pintado, y responde también, probablemente, al célebre, y yo creo que certero, deslinde establecido por Schopenhauer entre el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad. El mismo Marchena heterodoxo y herético que en 1792 podía sentir en el cogote el aliento de la Inquisición escribía al conde de Aranda, ministro de Carlos IV, ofreciéndole sus servicios a la Monarquía. En 1798, el exiliado que se refería a su país de origen como un residuo medieval y teocrático solicitaba del gobierno español una ayuda económica para continuar una investigación iniciada por él en la Biblioteca de la República francesa sobre un asunto del mayor interés para la historia de España. Al año siguiente, se dirigía al famoso abate Sieyès, hombre clave en el meteórico ascenso de Napoleón al poder, implorándole “un empleo que me asegure una vida menos precaria”, a cambio de poner a su disposición su “celo sin límites en el afianzamiento de la libertad republicana”. Por eso he dicho antes que, conociendo cómo las gastaban los gobernantes de la época, a uno y otro lado de los Pirineos, y la proverbial mala suerte de nuestro personaje, su nombramiento para un empleo público poco después del 18 Brumario sólo puede ser fruto de los servicios prestados en vísperas del golpe de Estado, probablemente, trabajando en la campaña de propaganda que le preparó el terreno a Napoleón Bonaparte.

El cargo le duró exactamente un año, que fue el tiempo que el ejército francés tardó en derrotar a las tropas del emperador Carlos de Austria. En lo que respecta al escritor español, el año 1800 fue sumamente provechoso, y una de las pocas etapas felices de su vida. Aprendió alemán, perfeccionó su inglés, sorprendió a sus superiores con un profundo conocimiento de la estadística —de hecho, a su vuelta a París intentó sin éxito poner una academia para la enseñanza de esta disciplina— y se permitió gastarles una broma, que se haría famosa, a los sabios de toda Europa inventándose un supuesto fragmento perdido del *Satiricón* de Petronio, escrito por él en latín, que los principales especialistas consideraron auténtico hasta que Marchena reconoció habérselo inventado. Éste es uno de los episodios más celebrados de la biografía y la leyenda de nuestro personaje, uno de los que más contribuyeron a hacer de él un caso único, como dijo Menéndez Pelayo, en lo bueno y en lo malo. La misma o parecida admiración que su falso Petronio causó el hecho de que, tras desempeñar durante un año el

cargo de inspector de contribuciones del ejército francés en Alemania, volviera a París tan pobre como había salido.

Y es que, a pesar de algunos intentos desesperados por sentar cabeza y llevar una vida tranquila y apacible, había algo en su personalidad mucho más fuerte que sus buenos propósitos. En su regreso en diligencia de Basilea a París en diciembre de 1800, Marchena hizo a sus compañeros de viaje algunos comentarios poco amables sobre el nuevo régimen político, que no tardaron en llegar a oídos de la policía napoleónica, dirigida entonces por el famoso Fouché: “Este hombre”, declaró a la policía un viajero, “me ha parecido peligroso, y creo que tiene una filiación anti-Bonaparte y antitranquila”. Ya ven lo que duró el idilio político entre el exiliado español y el gobierno napoleónico. De todas formas, en los años siguientes por lo menos se mantuvo una especie de pacto de no agresión entre uno y otro, por más que la policía bonapartista siguiera de cerca sus pasos y recogiera todo tipo de chismes sobre su conducta y su origen. Alguien llegará incluso a sugerir que había sido obispo en España antes de emigrar a Francia; curioso antecedente del bulo que, ya muy al final de su vida, le convirtió en el *abate Marchena*, un mote sin ninguna justificación, que él pareció recibir de buen grado y que ha pasado a la posteridad.

Lo cierto es que entre su regreso a París a finales de 1800 y su vuelta a España en 1808 su vida transcurrió tranquila, sin las persecuciones y sobresaltos de los años anteriores, aunque siempre con graves problemas económicos, hasta el punto de que, poco antes de su partida hacia España en febrero de 1808, sus muchos acreedores solicitaron insistentemente a la policía que impidiera su viaje. La propia policía napoleónica y algún otro documento de archivo nos informan de sus actividades, fundamentalmente intelectuales, de aquellos años anteriores a su regreso a nuestro país. Escribe regularmente sobre economía y literatura, traduce algunas obras del inglés y del italiano, estudia matemáticas —nueva pasión intelectual de su madurez—, ve, como mucho, según la policía, a tres o cuatro personas, consigue publicar bajo pseudónimo alguna poesía en revistas españolas e intenta, sin éxito, editar en París un periódico que sirviera de portavoz oficioso al gobierno español, entonces dirigido por Godoy, en un nuevo intento de congraciarse con el poder. Porque Marchena podía ser un hombre atrabiliario y excéntrico, pero había algo que sabía a ciencia cierta: que en un mundo todavía en transición del Antiguo Régimen a la sociedad liberal y burguesa, a falta, por tanto, de un verdadero mercado cultural, el escritor, el *hombre de letras*, como él mismo se calificaba, tenía que vivir

necesariamente del poder, de un cargo público o de alguna forma de mecenazgo del Estado. El escritor independiente, al que él mismo se refirió en algún artículo, capaz de vivir de su producción era de momento una quimera histórica. Para decirlo con mayor rotundidad: el intelectual sería funcionario o no sería.

Gracias al tratado de Fontainebleau firmado entre España y Francia a finales de 1807, que estipulaba el envío de un ejército francés a nuestro país para atacar a Portugal, y a los sucesos subsiguientes, nuestro personaje vio cumplidos dos deseos largamente acariciados: regresar a España y obtener un destino que le permitiera vivir, más o menos desahogadamente, de un sueldo público. Pero las cosas no fueron tal como él —ni nadie— había previsto, y lo que en origen fue una expedición militar ligada a la alianza estratégica entre España y Francia se convirtió muy pronto en una sublevación antifrancesa y en una guerra abierta. En este punto, tampoco se cumplieron las previsiones de Marchena y, en general, de los afrancesados españoles, convencidos de que el mayor ejército del mundo derrotaría fácilmente a los sublevados, y ocurrió que la nueva dinastía de los Bonaparte instaurada en España en 1808, y representada por el hermano mayor de Napoleón, fue repudiada por casi todo el país, con excepción, como dijo un periódico de entonces, de una nueva especie de “animales anfibios” —que es como este periódico califica a los afrancesados— formada por “literatos, godoístas y ricos propietarios de los pueblos”.

Si en 1808 empieza una nueva etapa en su vida como funcionario del rey José, es decir, como afrancesado —una forma especialmente impopular de heterodoxia—, en su rara habilidad para elegir el bando perdedor no se registra ningún cambio apreciable en su biografía. Con una circunstancia, digamos, agravante: y es que en otras ocasiones su elección del bando equivocado tuvo caracteres heroicos, mientras que, en este caso, Marchena, como el resto de los afrancesados, quiso jugar a *caballo ganador*. Tampoco supone novedad el hecho de que, tras disfrutar durante seis años de un sueldo de cierta importancia, saliera de España en 1814 tan pobre como había entrado, y con toda la sensación de que, a sus cuarenta y seis años, tenía, como quien dice, que empezar de cero.

Mientras tanto, sus ideas políticas se habían moderado considerablemente en los últimos años y le habían acercado a un liberalismo que hoy nos parece bastante conservador. Liberalismo a ultranza en materia económica, por ejemplo, cuando en 1812, en la célebre hambruna que asoló Madrid aquel año y que inspiró algunos desgarradores grabados de Goya, nuestro personaje, convertido en uno de los máximos responsables de la

política económica de José I, recomendó dejar que el propio mercado resolviera por sí mismo los problemas de desabastecimiento que azotaban a la capital. Sus informes de aquellos meses, paradigma de una especie de thatcherismo *avant la lettre*, son un canto a “las imponderables utilidades de la libertad” de comercio y una demostración más, por la solidez técnica de sus argumentaciones, de su saber enciclopédico y de sus sorprendentes dotes para asuntos tan alejados de su vocación de hombre de letras, como la economía, la estadística y la ciencia de la administración. Todo ello puede servir de prueba también de lo que otro escritor afrancesado, el abate Muriel, escribió de él al cabo de algunos años: “Si el tiempo no calmó del todo la cabeza de Marchena, al menos la aquietó mucho”.

Como fruto de esa supuesta reconversión personal e ideológica podría considerarse su papel de funcionario del rey José aplicado a las más diversas tareas, desde la elaboración de los informes económicos ya citados hasta la dirección de algún periódico o su cometido como censor de obras científicas, especializado en geografía y astronomía. Causa cierto asombro, por ejemplo, ver escrito de su puño y letra que una *Geografía elemental* sometida a su dictamen no contenía cosa alguna “contra las leyes de la nación, ni contra la religión nacional y contra las buenas costumbres”. Podría parecer que el antiguo girondino español había completado su evolución hacia un conservadurismo bienpensante, cumpliendo así esa conocida ley biológica que lleva al hombre contemporáneo a ser revolucionario a los veinte años y conservador a los cuarenta. No estoy tan seguro de que, por lo menos en su caso, se cumpla tal ley, porque incluso en su actuación como censor tuvo que dejar su impronta de hombre heterodoxo, por ejemplo, cuando en su informe sobre una obra titulada *Breves tratados de esfera y geografía* recomendó que se suprimiera del frontispicio la advocación a la Virgen del Carmen. Bien es cierto que en esta misma época, hacia 1810, Marchena compuso la obra que él mismo consideró lo mejor de su producción poética: la *Oda a Cristo crucificado*, cuyo profundo sentido de la piedad consiguió conmover a Menéndez Pelayo.

Ya ven que estamos ante un hombre polifacético, que lo mismo escribe informes económicos, que obras de teatro, odas a Cristo crucificado, poemas eróticos, artículos de prensa, textos propagandísticos o ensayos sobre literatura hindú. En la diversidad de su producción intelectual podemos ver, de un lado, la herencia del pensamiento ilustrado y enciclopedista, cuyo optimismo histórico radicaba en una fe sin límites en la capacidad de la razón para desentrañar todos los misterios de la vida. Y, al mismo tiempo, podemos ver una manifestación más de su

heterodoxia, es decir, de una libertad de pensamiento incompatible con la sujeción a la norma social, religiosa, política o literaria. Con razón le tildó Menéndez Pelayo de “aborrecedor (...) de las restricciones mentales, e indócil a todo yugo”.

Mientras tanto, su vida iba a dar nuevamente un giro dramático en 1814 con la derrota napoleónica, que le obligó a abandonar por segunda vez España. En esta ocasión, su exilio tuvo por escenario diversas ciudades del sudeste de Francia —Perpiñán, Nîmes y Montpellier—, donde, según Menéndez Pelayo, se mostró “cada vez más pobre y hambriento y cada vez más arrogante y descomedido”. A lo largo de estos años, y hasta su vuelta a España en 1820, su principal medio de vida será la traducción al español de los clásicos de la Ilustración francesa —Montesquieu, Rousseau y Voltaire, entre otros—, prohibidos en España desde la restauración del absolutismo en 1814, cuyas obras circulaban clandestinamente, en gran cantidad, tanto en la península como en América. Por cierto que su traducción del *Emilio* de Rousseau sería una de las últimas obras sometidas a censura por la Inquisición española. El informe sobre su versión asegura que “corresponde fiel y literalmente con su original”, aunque se habían introducido algunos cambios que “sin disminuir la malignidad de la obra parece que la aumentan, si cabe”. Su trabajo como traductor, mal remunerado y realizado en condiciones penosas, no impidió que Marchena dedicara parte de su tiempo a conspirar contra Fernando VII en colaboración con otros exiliados españoles.

La policía francesa cuenta y no acaba sobre los líos en que anda metido nuestro personaje en estos años y sobre su actitud extrañamente provocadora, teniendo en cuenta su precaria situación y el riesgo que corría de acabar en la cárcel o de ser enviado a España. Era la actitud de alguien que, más allá de su carácter levantisco, parecía consciente de que, a esas alturas de la vida, ya no tenía nada que perder. Otro conocido afrancesado, el escritor Leandro Fernández de Moratín, que también tuvo que refugiarse en Francia, se haría eco en una carta particular de una de sus últimas hazañas: “Marchena —escribe Moratín en 1817—, preso en Nîmes por una de aquellas prontitudes de que adolece; dícese que le juzgará un Consejo de Guerra, a causa de que insultó y desafió a todo un cuerpo de guardia”. Y añade Moratín una confesión personal que sirve para entender aquella distinción que hacía Menéndez Pelayo entre el carácter turbulento, pero simpático, de Marchena y el espíritu oportunista y acomodaticio de los afrancesados: “Yo no me desafío a nadie —dice Moratín— y nadie se mete conmigo”.

Hay, además, una importante diferencia entre Marchena y el resto de los afrancesados, que trasciende lo puramente psicológico. Mientras estos últimos intentaron reconciliarse con Fernando VII —cosa, por otra parte, lógica, puesto que, como recordó uno de ellos, el rey había sido con su sumisión a Napoleón el primer afrancesado del reino—, el escritor sevillano se dedicó a conspirar abiertamente contra él haciendo causa común con los exiliados liberales —como el célebre Javier Mina—, es decir, con los que habían sido sus enemigos hasta 1814. Se puede decir que fue uno de los poquísimos afrancesados que hicieron suya la Constitución de Cádiz y lucharon por su restablecimiento. Hay dos razones, creo yo, que explicarían este brusco cambio de actitud por su parte, que resulta muy llamativo si recordamos la dureza con que en los años anteriores se había referido a las Cortes de Cádiz y a los patriotas liberales. En primer lugar, que Marchena fue durante toda su vida, y a pesar de sus contradicciones y de sus extravagancias, un liberal en el sentido más riguroso de un término que, como vimos, él empleó probablemente por primera vez en español. Liberal en sus convicciones políticas, basadas en el principio de la soberanía nacional; liberal en economía por su fe en el libre mercado y en la propiedad privada; liberal en su concepción del orden social y liberal hasta en su forma de vida. En este sentido, no se hizo afrancesado, como otros muchos, por simple oportunismo, sino por creer que la nueva dinastía traería a España una dosis razonable de libertad, ajustada a las posibilidades del país. Cuando en 1814 se consumó el fracaso de la Monarquía de José I, nuestro hombre, podríamos decir que volvió a sus orígenes revolucionarios, y la única opción liberadora que quedaba era la que representaban los exiliados liberales y la Constitución gaditana.

Y pudo haber un segundo factor, más propiamente humano, que sería un cierto hartazgo personal, después de tantas peripecias, tantas persecuciones y tantos fracasos. Conviene recordar que el año 1814 marca el regreso de los Borbones al poder, no sólo en España, sino también en Francia, aunque en este país la restauración se basara en un pacto no escrito entre la vieja dinastía y la nueva sociedad. Pero aquello para Marchena debió de ser el fin de muchas cosas, y esa sensación produjo en él, en vez de un prudente repliegue, la recuperación de su espíritu rebelde, provocativo y un poco inconsciente de su juventud. De ahí sus andanzas conspirativas de estos años y también su proyecto, del que habla la policía francesa en 1814, de dejar Europa e irse a vivir a América; un propósito que, como tantos otros proyectos vitales y literarios, quedó en nada. Por lo menos, el restablecimiento de la Constitución de Cádiz en 1820, tras el

pronunciamiento de Riego, le permitió volver por segunda vez a España, aunque no fuera más que para morir en su tierra, lo que no es poco.

Los últimos meses de su vida, entre su regreso hacia octubre de 1820 y su muerte en enero siguiente, los pasó en Sevilla y Madrid dedicado a una intensa actividad política. Hizo pública su adhesión al régimen constitucional, escribió a favor de la supresión de las órdenes monacales, polemizó con otros liberales más moderados, que le acusaron de anarquista y jacobino y de haberse dado la gran vida en el exilio, defendió la tolerancia religiosa, aunque tímidamente, porque sabía el terreno que pisaba, y publicó un bello artículo en un periódico sevillano que se puede considerar su testamento político. En él, Marchena respondía con estas palabras a aquellos liberales que habían puesto en duda las intenciones políticas que guiaban sus pasos desde su vuelta a España: “¿Quién se ha de persuadir a que soy yo un enemigo de la libertad, cuando tantas persecuciones he sufrido por su causa, un hombre que anda pidiendo cabezas de majaderos, un anarquista, cuando por espacio de dieciséis meses, en mi primera juventud, me vi encerrado en los calabozos del jacobinismo? Cuando en España pocos esforzados varones escondían en lo más recóndito de sus pechos el sacrosanto fuego de la libertad, cuando ascendían los viles a condecoraciones y empleos postrándose ante el valido (...), entonces en las mazmorras del execrable Robespierre, al pie del cadalso, alzaba yo el grito en defensa de la humanidad ultrajada por los desenfrenos de la más loca democracia. Mas nunca los excesos del populacho me harán olvidar los imprescriptibles derechos del pueblo; siempre sabré arrostrar la prepotencia de los magnates, lidiando por la libertad de mi patria”.

Seguramente, cuando Marchena escribió estas líneas no sabía lo oportuno que iba a ser este balance de su vida pública. Un mes y medio después, veinticuatro horas antes de su muerte, hizo ante notario un testamento que, oficialmente, quedó registrado como *declaración de pobre*, puesto que en él reconocía que se hallaba “sin bienes que poder testar”. Murió en Madrid el 31 de enero de 1821, en palabras de Menéndez Pelayo, “sin fe, sin patria y hasta sin lengua”, una triple caracterización, un poco cruel e injusta, a mi juicio, de su heterodoxia religiosa y política y de su desarraigo de exiliado. Es posible, como le dice a Marchena un personaje de la novela de Goytisolo que citaba al principio, que “si desapareciera la conciencia de transgresión y de culpa” la vida fuera “terriblemente insípida”, pero creo que todos convendremos en que el escritor sevillano pagó un alto precio por ser uno de los primeros “heterodoxos e incómodos” de la España contemporánea.

Bibliografía

- Demerson, G., “Marchena á Perpignan”, *Bulletin Hispanique*, LIX, 1957, pp. 284-303.
- Díaz-Plaja, F., ed. de, *Abate Marchena. Obra en prosa*, Madrid, Alianza Ed., 1985.
- *El abate Marchena. Su vida, su tiempo, su obra*, León, Diputación Provincial de León-Universidad de León, 1986.
- Domergue, L., “Notes sur la premiere édition en langue espagnole du Contrat social (1799)”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, vol. III, 1967, pp. 375-416.
- Froldi, R., “Il Discorso sobre la literatura española di José Marchena”, *Spicilegio Moderno*, 1972, pp. 45-72.
- Fuentes, J. F., *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Barcelona, Ed, Crítica, 1989.
- ed. de, José Marchena, *Obra española en prosa (Historia, Política, Literatura)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990.
- “Les écrits politiques de Marchena pendant le Directoire: Clés biographiques et intellectuelles”, *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1997, núm. 1, pp. 61-74.
- “José Marchena. Leyenda y realidad de un *abate* revolucionario (1768-1821)”, en I. Burdiel y M. Pérez Ledesma, eds., *Liberales, agitadores y conspiradores*, Espasa, Madrid, 2000, pp. 49-71.
- Guazzelli, F., “Un neoclassico *spagnuolo*: José Marchena”, *Miscellanea di Studi Ispanici*, 1968, pp. 257-287.
- López, F., “Les premier écrits de José Marchena”, *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*, París, 1966, vol. II, pp. 55-67.
- “Una carta y un discurso desconocidos de José Marchena”, *Homenaje a José Antonio Maravall*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986, vol. II, pp. 457-469.

Marchetti, G., “Per una nuova biografia intellettuale e política di José Marchena. Marchena nella Rivoluzione francese”, *Studi Ispanici*, 1979, pp. 51-80.

Menéndez Pelayo, M., *Obras literarias de don José Marchena*, Sevilla, 1892-1896, 2 vols.

— *El Abate Marchena*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946.

Richard, A., “Marchena et les Girondins”, *Annales Révolutionnaires*, XV, 1923, pp. 126-145.

Schevill, R., “El Abate Marchena and the French Thought of the Eighteenth Century”, *Revue de Littérature Comparée*, XVI, 1936, pp. 180-194.

Mariano José de Larra, entre la pasión y el bastío

MAURO ARMIÑO

Si hay alguien en la literatura española del siglo XIX que represente la disidencia frente a la realidad, si hay alguien que viva incómodo en el marco de las costumbres y los modos y maneras de vivir de su momento, ése es Mariano José de Larra, al que todos damos el título casi de “inventor” del periodismo español moderno. Escribió alguna novela, adaptó alguna obra de teatro que dio como propia según los usos de la época, pero ni por *El doncel de don Enrique el Doliente* ni por *No más mostrador*, que rehacía *Les adieux au comptoir* de Scribe, supera la mediocridad de la narrativa de la época ni la grisura de un teatro que tiene por protagonistas por regla general a personajes históricos, y en el que cabe incluir su *Macías*.

Es en sus colaboraciones periodísticas, con sus aventuras como autor de folletos y lo que podríamos llamar gacetas, con lo que Larra se convierte en el primer periodista de opinión y criterio del país, con una capacidad crítica y una prosa liberada de la ganga retórica que parece, y es, nueva, absolutamente nueva, en el panorama de la prosa española, hasta el punto de que, si comparamos los artículos de Larra con un escritor costumbrista como Mesonero Romanos, puede apreciarse la diferencia radical del lenguaje: el de Larra es el que todavía seguimos empleando.

Pero más allá de su obra, en Larra hay un componente curioso en que vida y obra parecen contradecirse, contraponerse: el realismo de su mirada sobre la realidad, que se adelanta varias décadas a la novela realista o naturalista una vez avanzado el medio siglo, contrasta con el romanticismo de su vida, marcada por unos amores que terminaron en el acto romántico por excelencia: el suicidio a raíz de un

desastre amoroso. Un suicidio tiene desde luego más componentes que el amoroso, pero lo cierto es que esa muerte parece marcada por la separación de su amante, Dolores Armijo, decidida a romper y a irse a Filipinas con su marido.

La época que le toca vivir a Larra es una etapa de gestación y parto de nuevas formas de convivencia en España, como ha habido tantos en los dos siglos que casi nos separan de Larra: un período de cambio social, de liquidación del antiguo régimen y de avance de unas estructuras distintas. Período convulso para el país y para Larra, que empieza prácticamente en el momento de nacer: en marzo de 1809, es decir, con José I, hermano de Napoleón, como rey de España, y en plena guerra de lo que se ha llamado «de la independencia». El país estaba dividido entre afrancesados —el padre de Larra pertenecía a ese grupo—, unas clases populares que odiaban al invasor, una alta nobleza que había aceptado al francés —no así la nobleza rural, que se ofreció pronto a las Juntas de Defensa para resistir al invasor— y que se puso a los pies de las tropas de Murat: cuando José I recoge la corona, el duque del Infantado, en representación de la nobleza española, declara: “Los grandes de España fueron siempre conocidos por la lealtad a sus soberanos, y vuestra majestad hallará en ellos la misma afección y fidelidad.” Y cuando surgen las primeras juntas provinciales de defensa, la Junta de gobierno que había dejado Fernando VII les conmina a someterse “al héroe que admira el mundo y admirarán los siglos, comprometido en la grande obra de nuestra regeneración política”.

Ocho días después del dos de mayo, fecha famosa por la defensa heroica que se había hecho en Madrid, Carlos IV, obligado a abdicar la corona en manos de su hijo, y Fernando VII, dejaban de ser reyes de España por el tratado de Fontainebleau. Cuando Napoleón tiene que retirar sus tropas, la vuelta de Fernando VII, recibido por el pueblo —parece que fruto de la ficción— al grito de “Vivan las caenas”, supuso el exilio de todos los afrancesados; la represión contra los que habían pergeñado la Constitución de Cádiz fue feroz, y Martínez de la Rosa, Argüelles y otros fueron condenados a ocho años de cárcel.

El padre de Larra, médico de primera clase en el ejército de José I, sale por la frontera con el ejército napoleónico. Larra tiene cuatro años y las distintas circunstancias familiares hacen que ingrese como interno en un colegio de Burdeos, separado tanto del padre como de la madre. Se produce entonces un hecho clave: dentro de su mundo escolar, Larra, de habla española, se encuentra en su colegio fuera del grupo, retrasado; y eso mismo le hará estar fuera del grupo cuando vuelva a

España, cinco años más tarde, porque en ese período francés olvida casi por completo el español.

Es en 1818, con nueve años, cuando vuelve a Madrid para incrustarse en un ambiente hostil hacia su familia —afrancesada— y hacia él, dado que, en primer lugar, es hijo de afrancesado en una sociedad como la fernandina, nacida al calor de la victoria del nacionalismo frente a los invasores y del tradicionalismo frente al pensamiento liberal —ideología implícita en un afrancesado—; y hostil también para él por su mal manejo del idioma, que tiene que reaprender, como interno, en el seminario de las Escuelas Pías de San Antonio Abad. Ese enfrentamiento entre tradicionalismo y liberalismo le perseguirá siempre, pero sobre todo en ese período de formación, en esa adolescencia a la que acompañan hechos capitales que inciden sobre su familia, sobre su padre: tras el aplastamiento del período liberal de apenas tres años, el médico Larra se retira de Valladolid a un pueblecito navarro, Corella; por fin, Larra, con catorce o quince años va a vivir en familia.

A partir de ese momento hay un período oscuro —es decir, sólo sabemos lo único que se puede saber, que ingresa en el colegio superior de la Compañía de Jesús, que su padre vuelve a instalarse en Valladolid en 1824 y que Larra le acompaña; estudia leyes, pero hay unas mudanzas no muy bien explicadas, un viaje a Valencia, unos estudios en San Isidro de Madrid; viajes misteriosos que, en la leyenda de Larra, tendrán una explicación: la da Cayetano Cortés, el primero en hacer la biografía en la edición de *Obras Completas de Larra* (1843), y la redondea Colombine, según la cual Larra se habría enamorado en la capital castellana “de una señorita mucho mayor que él, muy guapa y muy coqueta, que se gozaba en despertar la pasión del joven. Él la creía pura, la adornaba de todas las virtudes... pero, un día, súbitamente se le reveló la verdad. Su amada era la amante de su propio padre” (Carmen de Burgos, *Fígaro*, Madrid, 1919).

Mesonero Romanos afirma que estudió medicina, y hay un texto de Galdós en los *Episodios Nacionales* que le ve en la distancia: “Era un muchacho que hacía muy malos versos y no muy buena prosa, casi abogado, casi empleado, casi médico, que había empezado varias carreras sin concluir ninguna. Sabía lenguas extranjeras y en tan corta edad había pasado de una infancia alegre a una juventud taciturna”.

Es en 1827 cuando la figura de Larra empieza a corporeizarse; tiene entonces dieciocho o diecinueve años. En Madrid se dedica a la poesía, publica odas en revistas, merodea por la sociedad matritense convertido en espectador: sobre el espectáculo que se ofrece va a cargar su expe-

riencia; desvinculado, sin atadura de ningún tipo con esa sociedad, rechazado incluso por ella, Larra ve brotar en sí mismo un sentimiento de frialdad y de desconfianza respecto a las realidades y a las personas, un afán derivado de la autodefensa, del análisis; y una necesidad de butaca porque el espectáculo está enfrente. Desde esa butaca va a asistir a la mascarada de la sociedad y de la cotidianidad española.

Y arranca, con diecinueve años —1828—, con un periódico, apenas un folleto, *El Duende satírico del día*; toma la pluma arrogándose el papel de conciencia de su sociedad, de fiscal y de crítico para hacer una gaceta puesta bajo un lema de Boileau: “Hago de las tonterías de la época el fiel de mi balanza”. Quizá el mayor valor de los artículos del *Duende* sea el programático; un breve diálogo fingido entre *El Duende* y *el librero* con que se inicia la primera entrega, apunta la misión del oficio de escribir: la crítica de abusos, ridiculeces y vicios: “Nos atrevemos a apuntar en nuestras habladorías aquellos abusos que, desgraciadamente y por la fuerza de las cosas, han sido siempre, en todas partes, harto frecuentes, creyendo que, cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden”. Por las páginas de *El Duende*, en última instancia ocho artículos, pasan la crítica contra los toros y contra sus espectadores, la inanidad de los artículos de prensa, el desconocimiento de la lengua castellana de los redactores: temas que serán constantes a lo largo de toda la obra, porque para Larra hay una función básica en un periódico, la social: “Porque yo creo que un periódico no se escribe para veinte individuos que, porque gozan de rentas, insultan con sus vicios y su holgazanería a los que más las merecen y menos las disfrutan...”

De este modo, Larra sitúa al intelectual en el centro de la sociedad, convirtiendo la actividad periodística en uno de los ejes de la formación de sus miembros: de la escritura para unas minorías dirigentes (Ilustración) pasa a un intento de concienciación de las masas desconectadas de la cultura.

El Duende desaparece el 31 de diciembre de 1828; hasta que resurja de nuevo en las páginas de otra gaceta, *El Pobrecito Hablador*, transcurren tres años y medio, en un proceso de maduración de Larra del que apenas hay datos, salvo las tertulias del café Príncipe donde tiene por compañeros de mesa a Ventura de la Vega, Quintana, Alcalá Galiano, Lista, Espronceda, Mesonero Romanos, Bretón de los Herreros, Martínez de la Rosa, Madrazo, Alenza, los duques de Rivas y Frías, que le abren las puertas de ciertos nobles y de la burguesía acomodada, es decir, de la alta sociedad fernandina que va a convertirse, en un aspecto

importante, en el de las costumbres, en el punto de mira de su crítica posterior. Aquel Madrid no ofrecía muchas posibilidades de diversión, de esparcimiento, de formación, de connivencia. La existencia española es un “monótono y sepulcral silencio” donde no hay ni carreras de caballos, ni caza, ni paseo de coches, ni coches, ni casas de campo, ni juegos, ni jardines públicos, ni bailes. Sólo los toros y la siesta adquieren categoría de diversión nacional con su brutalidad y su torpor. De tarde en tarde, sólo se divierte, según Larra, “un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres extranjeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias...”, en cuanto a la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez más por arriba en la alta sociedad, en que hay en ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistando sus usos, ésa sólo de una manera se divierte”. Con ello Larra alude a la comida.

El Pobrecito Hablador arranca en un momento clave, en agosto de 1832: el país estaba ardiendo por los cuatro costados pendiente de la muerte de Fernando VII: desde 1830 se producían las intrigas más encandadas habidas desde la instauración borbónica: el gobierno fernandino se apoyaba en dos contrafuertes aplastantes: la nobleza y el alto clero; los liberales, en el exilio, estaban desunidos; varias intenciones militares habían sido desbaratadas —por ejemplo, el desembarco de Torrijos en 1831, que concluyó prácticamente en la misma playa y poco después en la ejecución de su jefe y sus cincuenta y dos compañeros, con un añadido: el de Mariana Pineda, que fue a parar al cadalso por bordar una bandera liberal. Otros intentos miliares de Chapalangarra y de Mina tampoco tuvieron el fruto que esperaban: que el ejército del interior se les uniese; y es que el ejército ya no era aquél salido en buena parte del pueblo que había luchado contra los franceses.

En ese año de 1829, las cartas parecen estar echadas: la tercera esposa de Fernando VII, de nombre Amalia, muere sin hijos; la falta de herederos hace que el pretendiente don Carlos, a quien correspondería el trono y que encabeza la facción más “apostólica” del poder, vea en ese momento la corona al alcance de su cabeza; pero, sorpresivamente, Fernando VII vuelve a contraer matrimonio, casi con el cuerpo de la reina Amalia todavía caliente, con María Cristina de Nápoles. Para colmo de las esperanzas políticas, la nueva reina queda embarazada inmediatamente y da a luz, al año siguiente, a la infanta Isabel, la futura Isabel II; todos los planes quedan desbaratados: el hecho de que la reina quedase encinta fue para los apostólicos la “señal de una revolución”; los libe-

rales exultan, porque peor no podía irles. Hasta Larra escribe dos sonetos y una octava —de ningún valor poético— al motivo “de hallarse encinta nuestra muy amada reina”.

Las intrigas de los apostólicos crecen, porque en septiembre de 1832 el rey enferma de gravedad; Calomarde, que dirige el gobierno, partidario de los apostólicos, le pone a la firma la Ley Sálica, que impedía reinar a las mujeres. Es conocido el resultado de la operación: cuando la reina se entera, propinó a Calomarde una sonora bofetada, muy oportuna para la réplica aquella de “manos blancas no ofenden”. De todos modos, el rey sanó y los planes cristinos fueron desbaratados; la reina fue nombrada regente, Calomarde enviado a casa, y Cea Bermúdez se hizo cargo del gobierno como hombre de la reina. La proximidad del cambio inevitable aceleró la transformación: Cea abrió la mano, permitió el regreso de los exiliados, pero poco más; y Larra se burla de esos cambios que no suponen nada, porque sigue imperando la censura: “Se me olvidaba decirte, le escribe a su ficticio corresponsal de *El Pobrecito*, que a mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres batuecos! Y ellos mismos se lo creían!”, escribe a los pocos días de que Cea formara nuevo gobierno.

Cuando en septiembre de 1833 muere Fernando VII, sabía lo que dejaba detrás de sí, un país convulsionado: “España es una botella de cerveza y yo soy el tapón; en el momento en que éste salte, todo el líquido contenido se derramará, sabe Dios en qué derroteros”.

Ahora sabemos los derroteros: una España dividida entre carlistas disidentes y unos liberales en los que se tiene que apoyar la Regencia de la reina que defiende los derechos al trono de la niña Isabel.

Estamos a 29 de septiembre; pocos meses antes ha terminado la aventura de *El Pobrecito Hablador*. Y a Larra sólo le quedan tres años y cuatro meses de vida, porque va a morir el 13 de febrero de 1837. Lo sucesos se producen de manera convulsa: apenas me he referido a la vida privada de Larra, casado en 1829 —con veinte años, con Josefa Wettoret, de la que enseguida tiene tres hijos: Luis Mariano, 1830, Adela, 1832 y Baldomera, en 1834; en este mismo año, el matrimonio Larra se rompe definitivamente, cuando ya hay otro nombre por medio: el de Dolores Armijo, a la que el escritor sigue, nada más separarse de su mujer, a Badajoz. Mientras, ha ido estrenando piezas traducidas de Scribe y ha publicado (1834 también) *El doncel de don Enrique el Doliente*, que enseguida convierte en teatro. En esos tres años ha pasado por *La Revista Española*, en la que colaboraba, a la vez que editaba *El Pobrecito Hablador*, con el seudónimo de Figaro, durante dos años; en

1835, abandona España y se traslada a Londres y París, donde trata de establecerse sin conseguirlo, por lo que tiene que volver a España.

La política española es un revoltijo, un barullo de idas y venidas, con Martínez de la Rosa, el viejo gaditano, haciéndose cargo del gobierno mientras por la frontera entra el pretendiente con tropas que consiguen estabilizarse en la frontera vasco-navarra francesa, sin que varias expediciones militares contra ellos —no llevadas con la solvencia y el rigor que pedían los liberales— tengan éxito; Larra se ve obligado a admitir que es un problema enquistado sin solución. Por todas partes hay motines populares, los carlistas llegan a asediar Bilbao dejando un muerto importante en las escaramuzas, el general Zumalacárregui. Los gobiernos se suceden: Martínez de la Rosa, Toreno, que es expulsado por las Juntas provinciales; hay, incluso una conspiración isabelina, de un personaje al que Baroja hará célebre: Avinareta. Luego llega la izquierda más extremada del momento, presidida por Mendizábal, para conjurar la revolución popular: se disuelven las órdenes religiosas, se decreta la subasta de sus bienes, se crea la Milicia Nacional y, en las siguientes elecciones, Larra consigue un acta de diputado pero, paradójicamente, no con la izquierda, sino con una facción conservadora en la que tenía amigos.

Pero antes, Larra se ha enfrentado al gabinete de Martínez de la Rosa, apoyado por los liberales; Larra ha saludado el cambio sin echar las campanas al vuelo: la sociedad parece que empieza a cambiar, pero eran todo esperanzas, porque estaba todo atado y bien atado en el Estatuto, que era el pacto entre conservadores y liberales para seguir adelante ante las pretensiones de división del país y, sobre todo, de buena parte de la aristocracia, más inclinada hacia el carlismo. Pero en la redacción de ese Estatuto, la monarquía se había quedado con todas las cartas de la baraja y había dejado a Martínez de la Rosa las frases fáciles y bonitas. Basta con analizar la sociedad para que Larra denuncie el espejismo y vea lo que Espronceda, recién llegado del exilio, no vio: en el órgano de los exaltados, *El Siglo*, Espronceda había saludado el Estatuto entusiasmado; Espronceda no tardaría en darse cuenta de la trampa, y *El Siglo* fue censurado una y otra vez, hasta que el 17 de marzo aparece el último número de esa revista, totalmente en blanco, con sólo los epígrafes de los artículos. Una provocación ridícula, de la que Larra se burlará.

Lo primero que ve Larra en el nuevo reparto de poder es la danza carnavalesca de las fuerzas sociales: en su artículo *Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres* (febrero de 1834) analiza las

tres fuerzas sociales que caracterizan el momento; desde los que andan “hacia atrás, más como quien huye que como quien anda” y que son los hombres “gordos, viejos y robustos asidos al poder”, adheridos en opinión de Larra al bando carlista, hasta la segunda comparsa: los liberales exaltados, los buscadores de aguas turbias, los hombres desairados en sus pretensiones, que insinúan críticas por un lado y conciliación por otro —y que parece responder al artículo con que Espronceda había jaleado la nueva situación nada más regresar del exilio—: la burla es brutal, porque desconfía no sólo de las ideas del partido exaltado sino también de los individuos. El lenguaje se retuerce en alusiones constantes; Larra está de parte de las luces que enciende esta comparsa, pero pone en duda el objetivo de ese “encendimiento”, insinuando la posibilidad del oportunismo político de los cazadores de empleos defraudados; y no cree en su defensa de la igualdad: “¿Queréis hacer felices a los pueblos? Broma y más broma. Igualdad, para tener todos derecho a todo, representaciones nacionales para ocupar un puesto en ellas, porque todos hacéis oficio de leer y escribir, y pensáis que hablando...”.

Para Larra, el arribismo personal echa por tierra la autenticidad de la ideología, y por eso no duda en denunciarlos, en calificarlos: “Revolucionarios precisamente... no, fautores de asonadas”.

La tercera fuerza en discordia es Martínez de la Rosa, de color desvaído, gente pasiva, estacionaria, “que no tiene por qué moverse, miedosa, que teme perniquebrarse a cada paso, escarmentada ya, parálitica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida con todo, o despreocupada, que se ríe de los hombres y de sus partidos..., tenían caretas de yeso, miraban a una comparsa, miraban a otra, y ora temblaban y ora reían”.

Pero ante *El Siglo* en blanco como protesta contra la censura, Larra salta desde *La Revista Española*, progubernamental, con un artículo que se ha considerado como muestra de la insolidaridad de Larra respecto a los grupos del liberalismo extremo. ¿O era una lección de estrategia de quien todos los días tenía que sentarse en el potro del censor? A esa blancura, que es un símbolo de la violencia suprema y de la tortura más enérgica, que indica que no puede haber conciliación con el gabinete de Martínez de la Rosa, Larra replica alzándose contra el silencio: “Deducidos de todo lo dicho y de la muerte que alcanza a nuestro buen *Siglo*, a pesar de toda su ilustración y grandeza, que el siglo es chico como son los hombres, y que en tiempos como éstos los hombres prudentes no deben *hablar*, ni mucho menos *callar*”, y tengamos en cuenta que tanto el hablar como el callar han sido subrayados por Larra.

De igual manera, nada más aparecer el Estatuto, al que califica de *ridiculus mus*, Larra se levanta contra él: de cara al liberalismo resultaba un engendro ficticio, derivado del pactismo de Martínez de la Rosa. La soberanía de la nación volvía, en términos legales, a manos de la corona, que delegaba sus poderes, cuándo y cómo a ella le interesaba, en una minoría elegida por ella y por lo tanto sometida a ella. En cuanto el Estatuto se puso en marcha, los liberales se dieron cuenta de que aquello no marchaba. Larra aguza la pluma por lo mismo, primero con sorna, como si los olvidos se debieran a la inexperiencia, y luego con saña, dirigiendo sus tiros contra la carnavalesca tramoya de la coalición monárquico-liberal, desmantelando uno tras otro los tenderetes plantados para recubrir con apariencias engañosas la realidad de unos hechos que no concordaban ni con sus pretensiones ni con las altisonantes palabras de Mendizábal. Y no deja títere con cabeza: desde los uniformes sacados de los baúles de la Edad Media con que el gobierno vistió a los próceres, y que más parecían reyes de baraja que diputados dispuestos a la lucha de las sesiones, hasta la ley que “protege y asegura la libertad individual”.

Porque ¿qué era la libertad individual de la que gozaban los liberales disconformes con el moderantismo del gabinete?: «Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y la pasión de Cristo, porque el que no anda azotado anda crucificado». El gobierno justificaba su frenazo a las reivindicaciones de libertad con denuncias de anarquía, entendiendo por anarquía todo lo que se hallaba a su izquierda, no a su derecha; la segunda disculpa del gobierno era la falta de preparación del país, pero, eso sí, los cargos públicos seguían en manos de conservadores o de moderados que se agarraban a ellos como lapas.

“Gozamos de la más amplia libertad posible; y en esto te juro que hemos llegado a tal altura de tolerancia y despreocupación que ninguna nación culta ni inculta rayó jamás tan alto. Y voy a darte la prueba. Suponete por un momento, aunque te pese hasta figurártelo, que eres español, no te aflijas, que esto no es más que una suposición. Que eres español y que dices para tu capote, por ejemplo: ‘Yo quiero ser carlista’. Enhorabuena: coges tu fusil y tu canana, y ancha es Castilla; nadie te lo estorba... Verdad es que si como te había de dar por conspirar en favor de los tres, hay una diferencia, y es que entonces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan, sino que te vienen a prender a tu misma casa, que es gran comodidad; pero, amigo, no se cogen truchas a bragas enjutas y algo le ha de costar a uno ser liberal.”

No parece que hubiera solución, y Larra se pregunta: “¿Qué hago yo en Madrid..., en este Madrid tan limitado como todas nuestras

cosas...?” Se ahoga y decide marcharse al extranjero: los motivos del viaje se saben: en primer lugar, cobrar una deuda que con su padre había contraído el barón francés de Saint-Martz durante la emigración; en segundo lugar, el escándalo de sus relaciones con Dolores Armijo, que ya habían provocado la separación de su mujer, tras varias escenas de corte sentimental, violento y escandaloso. Además, el marido de la Armijo se había separado de la saya y había conseguido, para evitar el deshonor, ser enviado como secretario de la Capitanía General de Filipinas. Pero en París, última etapa de un viaje que ha llevado a Larra por Londres, Flandes y Bélgica, escribe a su editor que se siente extraño, que le tortura el recuerdo de las cosas de España y de la Armijo. Breves encuentros con Victor Hugo, con Charles Nodier; mientras, en España, Juan Álvarez Mendizábal, exiliado en Londres, es llamado para ocuparse de la cartera de Hacienda con Toreno; pero el gobierno de Toreno no iba a durar sino unos meses y el 14 de septiembre lo sustituía Mendizábal: una carta de Larra a sus padres, fechada en París diez días más tarde, anuncia su regreso: “Vistas las cosas de España, después de haber calculado que hacer fortuna aquí es casi imposible, porque me falta la fe, es decir, la voluntad de amarrarme a la cadena en París muchos años para lograr o no lograr lo que en España ya tengo conseguido...”.

Larra ve una revolución en marcha con la subida de Mendizábal: pero sus esperanzas no durarán mucho: el nuevo hombre globo, sonríe, humano y seguro, desde el podio. Y promete. Promete el remedio de todos los males. Eso sí, Mendizábal es el primero en hacer una lista bastante compleja de las llagas más ulcerantes de España: fin de la guerra civil en seis meses mediante una leva de cien mil hombres; régimen representativo y ley electoral; saneamiento de la economía y creación de crédito público; venta de las propiedades religiosas y supresión de las congregaciones; defensa de los derechos del pueblo así como de las prerrogativas del trono, responsabilidad del gabinete ante las cortes, libertad de prensa, etc.

Nada más llegar e instalarse en el número 21 de la calle Caballero de Gracia, Larra firma con *El Español*, el mejor periódico de Europa, un contrato por 20.000 reales al año a cambio de dos artículos semanales. Pero nada más abrir los ojos, Larra vuelve a sus mañas, a reírse de todo lo que ve: «Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde más cosas que parezca lo que no son? ¿Dónde hay nada más parecido a un gobierno representativo que el que rige felizmente a España en nuestros días? ¿Dónde hay telón que se parezca más a un

árbol ni cómico que más se asemeja a un príncipe más de lo que se parece un Estatuto a una Constitución?”

Desde luego, en esa primera toma de contacto alterna la crítica con una puerta abierta a la esperanza; pero cuando Mendizábal, en enero del año siguiente, es decir, de 1836, no consigue sacar adelante la ley electoral, disuelve las Cortes; y, curioso, en su crítica de los errores de Mendizábal, teóricamente, Larra se acerca a la praxis conservadora, que desde esa ideología resultaba incoherente e impropia para la lucha partidista. Han bastado cuatro meses para que se haya desinflado el hombre globo del liberalismo, que ha aplicado, según Larra, remedios equivocados; en sus artículos se burla de un gobierno que se dedica a la farsa y que para resolver sus problemas busca una ley electoral que trata de impedir que vote el mayor número posible de personas: por ejemplo, se negaba el derecho al voto a los menores de treinta años (Larra tenía veintisiete) y abogaba por la elección indirecta, a través de compromisarios; la facción Conservadora, dirigida por Martínez de la Rosa, apoyaba en cambio el sufragio universal y rechazaba los intermediarios; los papeles estaban cambiados: Mendizábal desconfiaba de la base popular y de la simpatía que podía tener por el reformismo. El disparate estaba consumado y Larra lo aprovecha: la cita es algo larga, pero significativa del estilo de burla de Larra. En política, se toleraba, y se tolera, la negación, el enfrentamiento directo, pero no la burla, porque la burla no hiere a las ideas, sino que tilda de ridículas a las personas:

“¿Quieres que te diga lo que yo he sacado en limpio, y por ende verás que soy un pobre hombre? Ya me lo presumía, pero nunca creí quedarme tan a oscuras con tantas luminarias; porque decía yo para mí: para que se entienda una cosa habrá de bastar o que el que trata de averiguarla no sea lerdo o que el que la explica sea muy avisado. Nada de eso, y juzga si el pobre Fígaro es lerdo cuando no ha sacado en limpio sino:

“Que la elección directa es la más liberal; que el Ministerio es liberal, y quería lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo que él quería. Que ha habido una comisión y dos proyectos en ella, y que el ministro quería lo mismo que la comisión, que quería dos cosas distintas, y que el Estamento, que no quería ni al ministro ni a la comisión. Que la oposición en el Estamento era de hombres retrógrados que abogaban por el progreso, y que querían la elección directa como la más liberal, ellos que eran los menos liberales; que el ministro, que hacía de Ministerio, y la comisión, que hacía de las suyas, eran hombres progresivos que abogaban por el retro-

ceso y que querían la elección indirecta como la menos liberal, ellos que eran los más liberales; que los más liberales querían que se efectuase la elección por provincias, y los menos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos tantos partidos en España; que las provincias son más liberales, a pesar de que los más liberales son los partidos, etcétera, etcétera; y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, y ya nunca nos entenderemos.”

Larra empieza a perder los estribos porque ya ha perdido la esperanza; y no sólo por la teoría y las alturas gubernamentales, sino por el disparate: desde la deportación sin derechos de personajes como Avinareta hasta el fusilamiento que el general Mina, héroe de la guerra de la independencia, aplicó a una pobre anciana, María Griñó, por el delito de ser madre del cabecilla carlista Cabrera que acababa de cometer feroces represalias en la zona que controlaba; Cabrera, por supuesto no se quedó quieto: cuando le llegó la noticia del ajusticiamiento de su madre, fusiló a treinta mujeres, esposas, hijas o madres de liberales.

Por si fuera poco, el punto clave en el que se suponía que Mendizábal iba a arreglar las cosas, el de la Economía, también era calamitoso: la desamortización de los bienes eclesiásticos, que empieza en ese momento y llegará hasta 1840, benefició a la burguesía y a la aristocracia, que lograron grandes extensiones de terrenos a precios irrisorios, tanto por el valor auténtico de la tierra como por el deprecio de los títulos con que la pagaron; mientras, los pequeños propietarios y los campesinos no pudieron acercarse a competir en las subastas en ningún momento.

Mendizábal duró poco en el Gabinete, pero también su ausencia; más tarde volvería: Istúriz forma gobierno apoyado por Alcalá Galiano y el duque de Rivas; de los tres es amigo Larra, que confiaba en Istúriz, un liberal moderado; en las elecciones, se deja convencer por sus amigos y se presenta por Ávila, consiguiendo un acta de diputado; Larra claudica ante los moderados, se rinde a la tentación política; consigue su acta, pero quince días más tarde se produce la sargentada liberal de La Granja que deja las cosas como estaban y entronizar de nuevo a Mendizábal, a través de Calatrava.

Las esperanzas de Larra se esfuman, y su vida, ideológica y física, entra en barrena. En los escasos meses que le quedan de vida no volverá a interesarse por la crítica del régimen, al que trata de pasada con desprecio, porque todo está perdido: se burla del primer año del reinado del señor Calatrava I. Sus últimos artículos son pavorosos, desde el

título: en todos los de ese período hay una graduación hacia la oscuridad, la muerte y la locura: *Buenas noches, Díos nos asista, Los barateros o el desafío y la pena de muerte, El Día de Difuntos de 1836, Exequias del conde de Campo Alange, Yo y mi criado (Delirio filosófico)*.

Peca de efectista, debo reconocerlo, esta relación de títulos, pero lo cierto es que está ahí: como él mismo escribe, en su corazón yace muerta la esperanza, y sólo faltan dos meses para que se oiga el ruido de las pistolas. No fue, el suicidio, el gesto romántico de un momento de desamor o desesperanza amorosa, sino el resultado del deterioro que experimenta el ideal refrenado y chasqueado. El largo desgaste de una vitalidad pujante hacia la tumba. El hundimiento en la nada por obra y desgracia de frustraciones cotidianas en diversos baremos de la escala. Lo que le carcome, según esos artículos, es esa reflexión constante, apasionada por la ira, sobre el entuerto español y su idea de la configuración social; ahora, en estos últimos artículos, no es la sociedad española, sino la sociedad en general lo que se convierte en tema; el pensamiento larriano se abre a mayores horizontes, tocado siempre por un deje de misantropía: su utopía se ha quebrado, la ha resquebrajado una realidad miserable, pequeña y mediocre a la que deberá aclimatarse. Le pasó a Don Quijote con la suya: no consigue aceptar una realidad chata, y tras despedirse de Sancho se echa a morir. Lo mismo le ocurre a Larra, que se echa a suicidarse no sin antes, amargo, correr los ojos por dentro y por fuera, y dejar en *Yo y mi criado* el testamento: un testamento en que se enfrentan amo y criado en el mismo espejo, pues amo y criado son la misma persona, las dos partes de un mismo individuo, la pareja Quijote y Sancho. Larra hace un juego de ventriloquismo ante el espejo y también escribe, como señaló Ricardo Gullón, “el borrador de la carta que Fígaro nunca escribirá al juez de guardia para explicar el pistoletazo con que la rubricó semanas después”.

El amor, último gancho que podía haberle atrapado, caía también hecho pedazos: la Armijo había decidido reunirse con su marido en Filipinas y resolvió abandonar la relación con Larra. El lunes 13 de febrero de 1837 es un lunes de Carnaval, pero las máscaras esta vez son de verdad. Dolores Armijo le visita y rompe con él tras una escena tormentosa; exige la devolución de sus cartas y sale. Pocos instantes después, el disparo ante el espejo apenas se deja oír. Su hija Adelita sube a darle las buenas noches, pero Larra hace tiempo que se ha sumido, de tanto mirar hacia fuera y hacia dentro, en la oscuridad definitiva.

Cansinos Assens y su complicidad con los exluidos

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO

Los destierros, el exilio, han roto y desviado la vida de muchos intelectuales españoles. Incluso algunos debieron recurrir, por necesidad, a otras lenguas para poder expresar por escrito sus ideas: Marchena se valió del francés; Blanco-White, del inglés. El desencadenante de esas tragedias, era siempre un *otro*, un enemigo exterior, un déspota, un tirano, que perseguía e imposibilitaba convivencia y libertad. Así fueron muchos los que, al no quedarle otra opción, tuvieron que supeditarse y elegir otro territorio que les ofreciera hospitalidad e, incluso, a veces, también, ese otro idioma en el que pudieran expresarse.

Este preámbulo no es válido para encajar el caso de Rafael Cansinos Assens. Porque en él no se dieron unas circunstancias exteriores violentas que le obligaran a transterrarse. Sin embargo hay en la imagen pública de Cansinos algo que sí conecta con esa extraterritorialidad en la que George Steiner ha creído encontrar la clave creadora de una buena gama de escritores. Y en efecto, se perciben en él, a la hora de vivir y a la hora de escribir, los rasgos de alguien que se mueve desprendiendo un cierto aire de hombre desplazado, en tránsito, pero sin que se confunda el suyo con el aire habitual del nostálgico apesadumbrado por haber abandonado patria y hogar. Su actitud parece identificarse más bien con la del que añora conocer otras tierras, y sueña con adentrarse en ellas, para convertirlas en nuevos espacios de adopción. Hubo, pues, mucho de afinidad electiva, de consciente voluntad, en Cansinos, a la hora de configurar su deriva personal y sus opciones literarias. Afinidades que se fueron perfilando a partir, es cierto, de un primer desarraigo: el que le supuso tener que abandonar Sevilla, casi en la adolescencia. Y ese recuerdo de la tierra andaluza sin llegar a ser una

constante de su vida, esa sombra, esa marca, le acompañará ya siempre, como si los sentimientos, de extrañamiento, incubados entonces hubieran permanecido, aunque lo que pudo motivarlos hubiese dejado de surtir efecto.

Y en ese deseo asumido de *sentirse fuera*, como deliberadamente descentrado frente a los focos de atracción habituales, puede que resida la clave de su retraimiento ante una determinada vida convencional y de su elección de la literatura como territorio a la vez de búsqueda y de máxima entrega. Steiner insiste en que la pérdida de un centro¹ es el problema que aglutinó y empujó a la escritura a aquellos nombres —Kafka, Nabokov, Beckett— caracterizados por su extraterritorialidad. Y si bien la vida de Cansinos no coincide de manera exacta con la de ese tipo de transterrado, sin embargo toda una serie de gustos, actitudes y decisiones suyas se comprenden e interpretan mejor cuando se le sitúa en una permeable frontera, colindante con los múltiples territorios por los que se sintió atraído, y a los que en tantas ocasiones cruzó, una y mil veces, hasta hacerlos propios.

Pero lo más significativo en Cansinos fue la forma que él adoptó para traspasarse a todos esos territorios que le resultaban gratos: el conocimiento de sus lenguas y de sus literaturas. No es la suya la simple simpatía admirativa de aquel que contempla desde una cómoda distancia, su actitud implicaba una inmersión que exigía conocer y dominar lenguajes, historia y cultura, haciéndolos así patrimonio suyo, heredados y recuperados por él.

Mas situaciones como éstas, de identificación con otras culturas, se han dado con frecuencia casi siempre planteadas como una forma de atesoramiento personal, orientadas a engrandecerse de nuevos conocimientos y enriquecer la propia visión del mundo. Pero en el caso de Cansinos, la adquisición de esa sabiduría estaba siempre al servicio de los otros, a los que pretendió que les llegara por el medio que él mejor cultivaba: la palabra oral en sus tertulias y la palabra escrita en unas traducciones, que nunca fueron meras traducciones porque iban abrigadas con todo lo necesario para sentirlas, comprenderlas e interpretarlas.

Un recorrido por esta labor nos manifiesta su predisposición y despliegue hacia unos mundos que siendo otros, distintos, consiguió establecer con ellos, cara a los lectores, unas afinidades tales, una complicidad tal, que acabó convenciendo a muchos que eran su propio mundo de siempre. Pensaron que iba a ellos porque algo innato, familiar, lo guiaba, cuando en realidad fueron afinidades descubiertas,

elegidas, en el transcurso de una vida siempre presidida por la búsqueda y la escritura. Una escritura que le permitía ganar para vivir, pero también llevar a los lectores obras, títulos, que él consideraba necesario recuperar, extraer del olvido, del silencio y de la exclusión.

Y dotado de una sensibilidad alimentada quizás por su forma de concebirse asimismo como un transterrado, cuando menos simbólico, se adentró por esos otros mundos culturales, indagó, estableció relaciones, estudió gramáticas, aprendió lenguas y pudo ofrecer un nuevo panorama vivo de cuestiones que el paso del tiempo o una consentida ignorancia había ocultado.

A este respecto, desvelar la componente judaica que estuvo tan presente en la literatura y en la cultura española, le atrajo con fuerza, tal vez porque también era la que había sufrido, siglo tras siglo, de manera más o menos deliberada, mayor marginación literaria. Su reivindicación vino a coincidir con publicaciones como *Los israelitas españoles y el idioma castellano* y *Españoles sin Patria*, del doctor Ángel Pulido, y las labores investigadoras que se estaban empezando a experimentar en ambientes más académicos, pero en él adquirió una continuidad que queda atestiguada, primero, por una larga serie de obras centradas en difundir la riqueza literaria que encerraban ciertos textos canónicos hebreos, resaltando, además, la huella dejada en tantas obras posteriores, las transferencias mutuas, los préstamos realizados entre una y otra cultura. A lo que debe añadirse la asimilación que para su propia obra creadora llevó a cabo a través de la influencia ejercida en él por esas mismas fuentes. Recuérdese, por ejemplo, las exaltaciones líricas de su obra en prosa *El candelabro de los siete brazos*.

En esa labor —la de atravesar y desplazar fronteras culturales rígidas e impuestas, revelando sus dependencias internas, unas veces directas, otras más transversales— puso Cansinos un manifiesto entusiasmo, un cálido apasionamiento, que se iniciaba con el necesario aprendizaje de la lengua y la inmersión en el entorno cultural que la caracterizaba. El anhelo puesto en esas traducciones, en esos extensos prólogos, le descubren como alguien deseoso de transmitir la belleza de unas ideas y de unas formas perdidas, olvidadas, excluidas por la intolerancia y las pretensiones homogeneizadoras, represoras, de los dogmatismos políticos y religiosos.

De todos modos, si bien es evidente la incidencia ejercida por la tradición judaica en algunos de sus títulos y el interés proyectado sobre ella, sería excesivo deducir que su identificación con ese mundo excluyera su complicidad por otros tantos que él consideraba que padecían

de una marginación similar. Quizás basándose en este aspecto cuantitativo de su producción y en alguna circunstancia biográfica, se ha querido amplificar demasiado esta querencia cansiniana por el judaísmo, creando una imagen reductora de sus múltiples apuestas y de la pluralidad de atracciones que lo movilizaron. Un clarificador ejemplo de ello se puede encontrar en el prólogo-estudio que antecede a su traducción de las *Bellezas del Talmud*, título ya de por sí, al poner el énfasis en la belleza, bastante explicativo de la finalidad que guía el trabajo de Cansinos. Pero, además, escribe: “El Talmud completa maravillosamente la visión azogada de la Biblia como la Odisea homérica templa y suaviza con aires de mar en otoño el terrible estío bélico de la Iliada. Porque si la Biblia es una teogonía y está llena del espíritu terrible y severo, duro e implacable, de las epopeyas divinas [...] El dios del Talmud no es el Jeovah de la Biblia [...] sino un dios humano, traspasado de dolor, como su mismo pueblo, no ya el dios de las batallas, sino un dios de duelo”², frases indicativas de la orientación que gusta dar a sus interpretaciones, muy alejadas de cualquier vinculación de tipo confesional religioso.

Para él esas obras eran expresiones literarias de unos pueblos, que él apreciaba en cuanto a la belleza que encierran y en cuanto al sentido de tolerancia y racionalidad que inspiran: “El Talmud representa la liberación del espíritu israelita, el más vivo paso de su dinamismo, la victoria de la razón sobre la fe y de la academia sobre la sinagoga. En las escuelas de interpretación talmúdica en que se forja la dialéctica hebrea y se argumenta libremente bajo la dirección del maestro, como en las antiguas academias helénicas, el espíritu adquiere flexibilidad y ligereza, al par que el hábito de la duda, principio de la verdadera ciencia”³. Por tanto, se reúnen ahí un ejemplar muestrario de las claves que presiden las incursiones cansinianas en las fronteras de otras culturas, encaminadas a rechazar cualquier dogmatismo y a exaltar lo que ellas encierran de liberación, de racionalidad, de argumentación libre, de flexibilidad, ligereza y duda. Sin que deba olvidarse de ese otro recurso que casi siempre ponía también en juego: el comparativismo, como se ha visto, del Talmud con la Biblia pero también con la Iliada y la Odisea, de la academia talmúdica con la helenística, mostrando como para él las obras, las lenguas, las culturas, forman parte de un mismo entramado en cuyo interior pueden contrastarse buscando cuáles tienen espacios de menor exclusión y más tolerancia hacia los otros.

También le tentó adentrarse en otra cultura semítica: la árabe. Provisto, igual que en el caso del hebreo, de la gran llave que le proporcionaba el conocimiento de la lengua, tradujo y estudió el Corán, analizó

la personalidad de Mahoma, siempre desde esa perspectiva de recuperar una cultura con la que se habían compartido siglos de historia pero ante la que se elevaban muros de prejuicios, lejanía y extrañeza. Con su traducción de *Las mil y una noches*, tan alabada por Borges, buscó proporcionar una visión del orientalismo literario lleno de sugerencias y fuerza expresiva. En esa misma línea de acercamiento orientalista tradujo el texto hinduista *El reconocimiento de Sakuntala*, de Kalidasa⁴, y preparó una *Antología de poetas persas*⁵.

Si la predisposición de Cansinos se hubiera ceñido a ocuparse en recuperar las anteriores culturas, se hubiese podido pensar que se trataba de algo personal, originado por un cierto problema de conciencia, de culpa, de deseo de reparación, frente a la marginación padecida por causas históricas y sociales, en España, por el mundo judío, árabe, oriental. Sus obras vendrían a ser como un medio de compensación, de revisión, en forma de justicia literaria, del pasado. Pero si se continúan recorriendo los escritos de Cansinos, se percibe que, en muchos títulos más, mantiene una clara predilección por cuestiones sobre los que recaía un cierto sistema de exclusión a la hora de ser literariamente abordadas.

Por ejemplo, sin abandonar el terreno anterior de las religiones, no puede menos que apreciarse la audacia que implicaba, en aquellos años veinte, valorarlas desde la perspectiva del erotismo latente en ellas: por el relativismo que suponía el hecho de yuxtaponerlas y conjuntarlas, rompiendo con cualquier criterio de jerarquía y veracidad desde una perspectiva etnocentrista y por plantearlas como fenómenos históricos a los que cada civilización se vio obligada a dar luz. Pero, sobre todo, al introducir el erotismo y la sexualidad como el nexo que mejor podía vincularlas, facilitando la comprensión del lado oculto y de la parte maldita de las religiones, se colocaba en la misma línea interpretativa que emprendería años más tarde Georges Bataille y otras escuelas de antropología. El punto de partida, el laboratorio, el campo, la materia a la que recurre Cansinos para sus análisis, será siempre el texto literario. Ese es el objeto de su enfoque y por ello también la componente formal y estética será siempre primordial a la hora de valorarlo. Frente al trabajo de campo del antropólogo es la capacidad multilingüe del literato la que le permite establecer una mirada comparativista: “como un exegeta de los tiempos antiguos, pero con una sensibilidad moderna”⁶.

Pero si hubo audacia para internarse por esas cuestiones apenas transitadas por entonces en España, también la hubo en la elección de los criterios interpretativos. La cultura de Cansinos no sólo abarcaba las

numerosas lenguas dominadas, y los textos canónicos de las grandes literaturas, también supo estar atento a cuanto se publicaba en Europa que abría nuevos horizontes de comprensión y rompía con tabúes y convenciones ideológicas. La literatura finisecular le familiarizó con autores como Huysmans, Barbey D'Aureilly, que ya habían relativizado las fronteras de lo prohibido. Y no en menor medida la lectura de Schopenhauer, Nietzsche y Freud debió facilitarle sólidos apoyos teóricos para sus interpretaciones. Y si bien es evidente que Cansinos sabía reelaborar y hacer suyos los presupuestos desde los que analizaba, su papel como fino lector multilingüe le permitió tener las antenas bien orientadas hacia cuanto, en su registro, se publicaba en Europa. Publicaciones que en muchos casos incitó para que se tradujeran o él mismo tradujo. Precisamente esta labor suya de traductor también merecería una cierta detención en cuanto un signo más de su voluntad, al verter al castellano las obras, de traspasar fronteras y establecer complicidades entre las literaturas de distintos países.

Mostrar la presencia del erotismo y la sexualidad en los textos religiosos canónicos fue una incursión a la que Cansinos dedicó varios volúmenes, con un rigor y un aire minucioso que prueba que no respondía sólo a una incitación circunstancial y algo provocadora. Desde su perspectiva, eros y sexualidad estaban siempre determinando, de una u otra manera, vida y literatura. Y dedicó otros volúmenes a mostrar con singular perspicacia ese determinante papel en *Ética y estética de los sexos*. Y convencido también de la vinculación existente entre eros y thanatos continuó internándose en otros territorios, no menos arriesgados, a los que un cierto decadentismo había prestado atención en la literatura europea, pero apenas en España: *Estética y erotismo de la pena de muerte*, *Estética y erotismo de la guerra*, respondieron a otro intento por atraer y confrontar a los lectores españoles con lo antes excluido e ignorado. Y sus aportaciones están muy lejos de representar lugares comunes o mera divulgación. Véase el análisis del amor que, como clave primordial, preside sus planteamientos; pertenece a las páginas "Eros deseado y temido", con las que se inician *Los valores eróticos de las religiones*: "El amor [...] significa respecto a la colectividad, un acto de desdén, una afrenta, pues el amor es exclusivo, y exige toda la persona, segregándola de todos los afectos. Los amantes que se unen buscan la soledad, vuelven una espalda soberanamente desdeñosa a sus semejantes. Cada pacto de amor rompe, al menos momentáneamente, el pacto de la solidaridad humana. Pero el amor, finalmente, es la inquietud suprema, porque es el imán que altera el equilibrio de los

afectos, determinando una dinámica más viva y violenta que la habitual; es también, por la particularidad de su conducta, el contraste supremo, ya que su mirada certera obra una selección en las criaturas, siguiendo misteriosas afinidades en el juego oscuro y aleatorio de los instintos, y su desdén representa, como ya hemos insinuado, un ultraje para las criaturas no agradadas por su elección”⁷.

Escrita paralelamente a su tarea como crítico literario y a su producción más creadora, estas restantes obras de Cansinos configuran una especie de triángulo delimitado por eros, la muerte y el orientalismo y que se extiende desde 1917 a 1930. No puede decirse que esta mirada hacia Oriente fuese por aquellos años exclusiva de Cansinos. Fue una pasión en muchos aspectos exteriores muy compartida. Pero no era el suyo el ramalazo orientalista de los cultivadores de un exotismo de salón, incorporado por los modernistas para avivar el grisáceo paisaje cotidiano poético español. Cansinos traspasó el umbral de la simple contemplación estética y curiosa, para internarse por la senda de la complicidad e identificación con unos mundos que él pretendía de una manera u otra hacerlos también suyos. Cuando se llega al extremo de aprender una lengua, atesorar toda la información disponible, dedicar años a traducir sus textos canónicos y a difundirlos, se muestra que la pasión puesta en ese empeño desborda la habitual avidez del coleccionista de novedades deseoso de incrementar su escaparate de imágenes.

Una cierta querencia orientalista ya se había iniciado en la literatura española desde el siglo XVIII, se reforzó en la época romántica y se mantuvo en las primeras décadas del XX. Este interés por la cultura de los *otros*, lejana en el espacio y en el tiempo, movilizó, pues, a un buen número de escritores y estudiosos, pero con dispares finalidades. A veces se trató de mera curiosidad etnocéntrica por acercarse a los que se pensaba que eran diferentes. En otros casos, como ya se ha indicado, se recurría a esos mundos en búsqueda de imágenes y sensaciones con las que enriquecer con novedades pintorescas los textos literarios de lo que se ha llamado el *Diván modernista*⁸. Dentro de esta línea, sin embargo, caben matices, como los representados por la figura de Isaac Muñoz, retratada así por Cansinos: “su orientalismo era un desfogue, al par que una protesta. Con tal de afirmarse antieuropeo, igual le daba involucrase en una chilaba moruna que en el caftán negro de los habitantes de las juderías”⁹.

Pero conviene insistir en que el esfuerzo de Cansinos Assens no puede ser confundido con un simple desplazamiento del imaginario hacia otro tipo de decorado ambiental, movido por el hastío, la ilusión

por las modas o el rechazo de lo propio. Ya el mero hecho del conocimiento de las lenguas de esas culturas indicaba que no se trataba —como en Villaespesa, Salvador Rueda o Gómez Carrillo— de una utilización circunstancial de un ambiguo Oriente. Su forma de ir hacia el *otro* fue concebida como un medio de mejor conocimiento de sí mismo, o como un intento de compensar vacíos y saldar viejas deudas. Coincidieron también estos intereses de Cansinos con los experimentados en los campos de una cierta investigación universitaria. La veta arabista¹⁰ afianzada desde finales de siglo por Morin Azin, *Algazel*, Julián Rivera, Francisco Codera, atestigua la existencia de un mismo deseo latente, y aunque la labor de estos últimos no rebasara un marco más bien erudito, fue también síntoma de la misma sensibilidad. Como lo sería pocos años más tarde la de Américo Castro.

Una desbordante ilustración de cuánto le seducían las implicaciones de ese espacio triangular formado por el amor, la muerte y el orientalismo¹¹ —y consecuentemente sus manifestaciones en la literatura— lo constituye su recorrido por las versiones de la figura de Salomé en las obras de Flaubert, Wilde, Mallarmé, Eugenio de Castro, Apollinaire. Significativo por su elección pero también por la forma de recrearse en “los erotismos nefandos, que determinan angustias sexuales, fobias enmascaradas y paliadas; y el crimen, su solución purificadora”¹².

Este trabajo sobre Salomé puede servir también de pretexto para aludir a un tipo de planteamiento crítico, peculiar de Cansinos y poco frecuente entre los escritores españoles. Él lo denominaba “evolución de un tema literario” y consistía en establecer un itinerario histórico, genético, que permitiera seguir las distintas creaciones que en distintas épocas y con distintas sensibilidades se habían enfrentado a figuras literarias como las de Don Juan, el torero, el judío, la ciudad de Sevilla. Un ejercicio literario en la línea de lo que Auerbach y Curtius también reclamaron, años más tarde, para establecer un necesario entramado entre las diversas literaturas europeas y que algo después también han pretendido los estudiosos comparativistas. Por aquellas décadas, Cansinos vislumbró las posibilidades ofrecidas al tejer esas conexiones, pero por entonces ese tipo de enfoque sólo estaba al alcance de alguien que gozara de un cierto cosmopolitismo en cuanto a conocimientos literarios, pero que además se sintiera cómplice y cercano de la cultura de otros países y de otras épocas.

Existe otro terreno, en el que también puede percibirse esa postura cansiniana que tiende a sentirse más próximo al literato excluido, no reconocido, que de los valores consagrados. Dada la regularidad de sus

columnas y de sus reseñas en la prensa periódica, y el bagaje cultural en que se apoyaba, con su no menos llamativa calidad expresiva, su labor crítica pudo convertirle en un centro de poder establecido. Sin embargo ello no fue así y dos actitudes pudieron contribuir a que no desempeñara ese papel. Por un lado, su visión personal de la crítica que se sustentaba en unos criterios nada dogmáticos, y su preferencia por un tipo de autores que aparecían como los más necesitados de ser sacados a la atención pública. Prefirió siempre reseñar el libro del escritor joven, casi desconocido, antes que dar cuenta de las publicaciones de las firmas ya consagradas. Debido a ello, sus páginas de crítica, recogidas luego, en parte, en los volúmenes de *La nueva literatura*, resultan ahora más valiosos como fuentes informativas para ese tipo de autores, mientras que son notables las ausencias de los grandes nombres.

En paralelo con ese comportamiento de Cansinos, al seleccionar los autores contemporáneos de los que pasó a ocuparse en su tarea crítica, podría situarse su propio modo de ejercer como literato. Y aunque, quizás, sea esta la faceta más divulgada de su biografía, se deben sacar a relucir su rechazo de los ámbitos y estatutos tradicionales del saber y de la fama, y su apuesta por una nueva sociabilidad para la literatura en la que la calle, el café, la tertulia, fueron recuperados como los focos en los que debía germinar la *nueva literatura*.

Los efectos logrados con todos estos quehaceres literarios, la repercusión pública obtenida con sus obras, cuestiones todas ellas tan aleatorias, frágiles y expuestas a vicisitudes y cambios, no parecen haber preocupado en exceso a quien ya puso a uno de sus libros el título de *El divino fracaso*. Fue evidente que antes que pretender situarse en la seguridad de un centro, apuntalado por las convenciones de siempre, Cansinos prefirió escoger la extraterritorialidad, el itinerario errante del que gusta traspasar fronteras, lenguas, civilizaciones, entusiasmado por la multiplicidad de caminos que se le abrían. Pero sin dejarse tentar, aún menos, por las opciones nihilistas, relativistas, tan en boga entre los nómadas de entonces. Él supo seleccionar sus afinidades electivas y avizorando muy bien, por tanto, en qué dirección debía desplazarse, hacia qué lado le aguardaba el oriente de sus más necesitados cómplices: que en unos casos era la literatura judía, la persa, la hindú o la árabe, la que debía ser recuperada. En otros, eran el amor, thanatos, el experimentalismo, las vanguardias, los principios a los que había que prestar el cálido apoyo de la palabra hablada o el más reflexivo de la escritura. Pero siempre, como dijo Borges, quiso sentir como suyo el destino de los cómplices excluidos.

NOTAS

- ¹ La extraterritorialidad “tiene que ver con el problema más general de la pérdida de un centro” (George Steiner, *Extraterritorial*, Barral, Barcelona, 1973, pág. 10)
- ² *Bellezas del Talmud*. Prólogo, selección y traducción de R. Cansinos Assens. Gleizer, Buenos Aires, 1945, pág.20.
- ³ *Íbidem*, pág. 24.
- ⁴ Kalidasa: *El reconocimiento de Sakuntala*. Traducido por Rafael Cansinos Assens. Lipari, Madrid, 1994.
- ⁵ Lipari, Madrid, 1991.
- ⁶ Rafael Cansinos Assens: *Los valores eróticos de las religiones: El amor en el Cantar de los Cantares*, Mundo Latino, Madrid, 1930, pág. 7.
- ⁷ Rafael Cansinos Assens: *Los valores eróticos de las religiones: De Eros a Cristo*. Sanz Calleja, Madrid, 1925, pág. 5.
- ⁸ Abdellah Djbilou: *El Diván modernista. Una visión del Oriente*. Taurus, Madrid, 1986.
- ⁹ Rafael Cansinos Assens: *Los judíos en la literatura española*. Columna, Buenos Aires, 1937, pág. 89.
- ¹⁰ Véase a este respecto el libro de Lily Litvak: *El jardín de Alábh. Temas del exotismo musulmán en España. 1880-1913*. Don Quijote, Granada, 1985.
- ¹¹ “Ambientes recargados donde lo erótico va tras la muerte del propio Eros” (José A. González Alcantud: *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*. Anthropos, Barcelona, 1989, pág. 20.
- ¹² R. Cansinos Assens: *Salomé en la literatura*. América, Madrid, 1919, pág. 64.

César González-Ruano, el redimido por la palabra

MIGUEL GARCÍA-POSADA

César González-Ruano vivió sesenta y dos años, entre 1903 y 1965; nació y murió en Madrid. He aquí, como diría Stendhal, los detalles exactos a propósito de una figura tan mal conocida. Fue poeta, novelista, memorialista, antólogo, articulista, reportero, entrevistador, biógrafo, ensayista, incluso rozó el teatro. Participó en la vida literaria de su tiempo con sesgos diversos. Comenzó gritando contra Don Quijote, en una conferencia en el Ateneo cuando tenía tan sólo veinte años, se opuso polémicamente a la antología de Gerardo Diego, obtuvo en seguida el éxito como periodista, llegó a ser el más popular de su tiempo, logró el *Cavia*, aún treintañero, ejerció como corresponsal de *ABC* en Berlín y Roma, fue monárquico y fue franquista.

Pero por encima de todo era un escritor, un escritor de periódicos, o en periódicos —ya volveré sobre esto—, en todo caso un escritor a secas, que publicó más de ochenta libros (120 entradas registra la Biblioteca Nacional al día de hoy) y a quien asistía una sustanciosa cultura literaria, desde los clásicos latinos, que frecuentaba, hasta la literatura francesa clásica y la literatura contemporánea, de las que estaba perfectamente impuesto. Su faceta más brillante fue la de articulista, columnista diario de la mejor prensa de su tiempo, que hizo de la columna un género perfectamente vertebrado hasta establecer su molde definitivo. Quienes lo han seguido en la tarea (Francisco Umbral, Manuel Vicent, Manuel Alcántara, Raúl del Pozo, entre otros) han tenido que ser sus discípulos, han debido serlo porque él estableció el canon; algunos de sus contemporáneos (Pemán, Sánchez Mazas, Foxá, Eugenio Montes, Julio Camba) fueron excelentes articulistas pero no alcanzaron su eminencia. Ninguneado por tirios y troyanos, aborrecido por la

izquierda, incómodo, pese a todo, para la derecha por su dandismo y la heterodoxia existencial que se adivinaba en él, que llegó a definirse a sí mismo como una mezcla del marqués de Sade y de don Esteban Bilbao, fue Ruano un gran estilista, uno de los grandes prosistas españoles del siglo XX. Sobre todo como articulista y como memorialista: *Mi medio siglo se confiesa a medias* es uno de los memoriales más perfectos de su tiempo, palpitante de vida, aventura, concentración y estilo. Se publicaron en folletón en 1951 y fueron un gran éxito. Tuvieron que esperar a 1978 para reeditarse; en 1997 y 1998 apareció una tercera edición, todas ellas en ediciones minoritarias.

Ruano habita hoy, y desde hace tiempo, el infierno de la literatura, que es el olvido, el desconocimiento. Las ediciones que se publican de sus obras son marginales; se hallan prácticamente al margen de los circuitos comerciales. El género que enseñoreó, el artículo, está como ningún otro destinado a la consunción y al desvanecimiento; a eso se añade que sólo existe un volumen de 300 artículos publicados en 1976 por Prensa Española y hoy absolutamente inencontrable y algunas otras recopilaciones muy parciales¹. Su *Diario*, que va de 1951 a 1965, se publicó íntegro sólo de modo póstumo en 1970 y no se ha vuelto a editar; en vida del autor se publicó el volumen correspondiente al cincuenta y uno, y en prensa se publicaron páginas de los años cincuenta y tres y cincuenta y cuatro. Consta de más de mil páginas^{1bis}.

Pocos casos de escritor más castigado por el olvido que él. Y eso que llegó a ser el escritor más famoso de España. Existe, sí, un premio periodístico que lleva su nombre, existe una fundación que lo edita en la penumbra, pero el escritor, como tal, existe poco, sobre todo en los círculos académicos. El *Diccionario Gullón* le dedica apenas una treintena de líneas, y ya es algo, porque historias “críticas” y manuales muy actualizados de la literatura española circulan por ahí, donde Ruano ni aparece siquiera. El más reciente historiador de la novela española, Ignacio Soldevila, liquida a Ruano señalándolo como “otro más que malgastó sus dotes de escribir para vivir. Eso sacó del mundo y se perdieron sus cenizas, tan frías como las de cualquiera”².

Esparcida anda, sí, su leyenda de dandi, cínico y *mondain*, sobre todo el episodio terrible: la Gestapo lo detiene y encarcela en la prisión de Cherche-Midi de París el verano del cuarenta y dos llevando encima una crecida cantidad de dólares, doce mil, y un brillante de nueve quilates. Dicen que el dinero procedía de fraudulentos pasaportes expedidos a los judíos acosados por la Gestapo. El hecho es demasiado atroz

para que lo aceptemos, sin más. Puede ser otra leyenda, de las muchas que rodean al personaje. La verdad es que permaneció 78 días encarcelado, la mayor parte del tiempo incomunicado, fue constantemente interrogado y él llegó incluso a temer por su vida. Testimonio de este encarcelamiento es su conmovida “Balada de Cherche-Midi”, que evoca en su título la “Balada de la cárcel de Reading”:

Dejarme con mi asombrada sombra condenarme,
 dejarme
 mis sueños mutilados de los que no me acuerdo,
 donde estuve aquel quince de septiembre tremendo,
 por qué grietas de hielo amanecía en Suiza,
 por qué canales muertos aparecí en Venecia,
 que no conozca a ese que me enseñáis ahora
 que acaso ya está mudo y ciego para siempre.
 No sé nada de nada, tengo sueño y me duele
 el hambre y el consuelo de volver a mi celda³.

Nunca dio una explicación clara de lo acontecido, que permanece en un semisecreto que exalta la leyenda y es el corazón de otras leyendas, muchas de ellas maliciosas y aun malditas, que siguen vagando por ahí. Él jugó, desde luego, a la caza de brujas. Cuando Margarita Xirgu quiso volver a España, Ruano declaró su hostilidad al regreso de “la roja”. Cuando María Martínez Sierra confesó en el exilio que ella era la autora de las obras firmadas por su marido, y lo era, Ruano la alanceó escribiendo que nunca le había gustado María “y a su marido tampoco” (era conocida su *liaison* con la actriz Catalina Bárcenas, aunque en su diario rectificó algo este juicio). Se habla y no se termina del caballero católico, dandi, monárquico, aristócrata con derecho a título (su nombre completo era González-Ruano de Garrastazu o Garrastazu de la Sota), fascistoide, galán y cínico. Sus amigos cuentan y no acaban, en cambio, de su fabulosa, subyugante, única y poliédrica personalidad, de aquel espigado y enjuto caballero que se sentaba en el café y pedía recado de escribir, esto es, material de escribanía, y allí, con estilográfica y a mano, escribía sus impolutos artículos, que a veces iban así directamente al periódico. Componía una figura dandi y bohemia, un poco o un mucho de otro tiempo, de la Europa de preguerra que él conoció como corresponsal en Alemania e Italia. Él era consciente de que se había equivocado de época. Alguna vez soñó con ser enterrado envuelto en el hábito de la Orden de Santiago. Distó de ser un personaje cómodo, pese a su militancia en las trincheras del orden autoritario, y pese a su éxito social.

Frente a las insidiosas sombras que acechan la vida o la leyenda de Ruano brillan enfrente también otras intensas luces: uno de los capítulos más emocionantes de las memorias es la visita al cementerio judío de Praga durante la ocupación nazi; Ruano acaba estrechando el brazo de su acompañante femenina... que se reconoce judía. Ruano no simpatizaba con Lorca humanamente, y tuvo el valor de decirlo, pero nunca dejó de estimar el alto valor de su poesía, cuando no estaba de moda hacerlo. Ruano rindió homenaje público a Salinas, el único que lo hizo, cuando su muerte. Ruano defendió a Nicolás Guillén frente a las persecuciones de Francia, a pesar de su comunismo. Acusó recibo en solitario de la muerte de Cansinos. Reivindicaba Ruano el valor de la poesía de Alberti pese al exilio y el marxismo. Fue generoso con sus contemporáneos en su antología de la poesía española del siglo XX, que está llena de nombres importantes y de otros casi desconocidos, con sus más de doscientos cincuenta autores. Fue leal a su monarquismo, del que no abjuró nunca: visitaba asiduamente al rey exiliado en Roma. Vivió de su pluma, con la que trabajó a destajo; su último artículo lo compuso pocas horas antes de morir. Su diario ofrece la imagen de un hombre que escribe en gran medida para sobrevivir. La suya llegó a ser una supervivencia agónica, pese a que fue uno de los escritores mejor pagados de España, si no el mejor. Esa supervivencia no era fruto sólo de sus manías, que las tenía, como las de comprarse un reloj de oro carísimo o una prenda lujosísima aunque su situación económica no se lo aconsejara; era esa supervivencia consecuencia también de su profesionalidad en un momento en que sólo Cela había hecho suya plenamente la profesión de escritor. Por eso escribió:

En este país y en esta profesión horrenda siempre se está empezando. La fama es un puro espejismo. Los demás creen que nos alimenta y la verdad es que en todos sentidos tenemos hambre. Hambre y asco de estómago en el alma⁴.

No hagamos biografismo; centrémonos en su obra, olvidemos o diluyamos la leyenda. Debe hacerse con todo escritor, pero máxime con aquel que está inerte, desprovisto prácticamente del manejo de sus armas, es decir, de sus obras. Examinemos el auténtico corazón de su escritura, que no alienta en la poesía —Ruano no pasa de ser un poeta menor, aunque interesante—: algunos han visto en “Viaducto” el gran poema del ultraísmo español; ese corazón tampoco palpita en la novela —Ruano es un novelista fallido, aunque fuera un interesante cultivador de la media

distancia y del relato breve, que compuso al menos quince volúmenes narrativos—; tampoco late en sus biografías —su libro sobre Baudelaire vale como homenaje tan sólo—; ni siquiera alienta ese corazón de modo pleno en el *Diario*, que para Andrés Trapiello, temprano defensor de Ruano, es decepcionante en la medida en que apenas si es algo más que un dietario de toda la gente que conoció de los años cincuenta y primeros sesenta, que es el tiempo que refleja y anota⁵. Pero ese “apenas” [conciencia trágica del oficio de escritor, la lucha contra las enfermedades, la conciencia de acabamiento, su soledad profunda, sus terrores diurnos y nocturnos, la narración de la muerte de Jardiel, sus últimas palabras (“El terror es blanco. La soledad es blanca”)] es conmovedor y trasciende el voluntario esquematismo de muchas de sus páginas. Pese a su voluntad de no retratarse, se filtra en estas páginas la imagen de un hombre lúcido e inteligente, sensitivo y dolorido, amador y sufridor de la vida. Con todo, él mismo dudaba de su valor:

Su interés está condicionado a muchas cosas, naturalmente, y de ninguna manera son sólo externas o argumentales. La primera es que yo mismo tenga o no interés para alguien. La segunda, que en el futuro algunas gentes o acontecimientos que aquí tienen escueta reseña merezcan el día de mañana alguna atención o curiosidad, o sea, que en algún modo, entren en la pequeña historia. ¿Quién sabe hoy esto? Hubiera podido darle al Diario un movimiento —o un estatismo— con recursos literarios, claro está. Pero, no sé si con razón o no, creo que no es este el lugar para hacer literatura ni ensayar lucimientos que podríamos llamar de invención. Uno quisiera dejar una circunstancia más bien seca y severa de la pequeña vida diaria. Nada más que eso⁶.

No es menos cierto que el corazón de su obra late en sus artículos; sus memorias son como una sucesión de artículos ampliados. Ruano, me importa subrayarlo, redimió sus fantasmas y tormentos en el alto valor estético de su palabra creadora. Para él, el artículo era, ante todo, creación. Esa creación sublimó las miserias de su creador. Y se fraguó en las fraguas más humildes y perecederas de la literatura: el artículo diario o los artículos diarios, porque épocas hubo en que eran varios los que producía, hasta seis. Pero no se consideraba periodista sino “escritor en periódicos”. Así escribió:

Nunca me interesó ni poco ni mucho el periodismo, y lo tomé como medio más que como fin, procurando desde mis primeros momentos hacer literatura en periódicos más exactamente que periodismo literario⁷.

Eso no impidió que hiciera periodismo y buen periodismo (entrevistas memorables, reportajes excepcionales, gacetillas y reseñas que llevan su impronta...), pero su corazón como escritor “en” periódicos alentó poderoso en sus artículos, en sus crónicas, que no ensayos; porque Ruano no filosofaba en ellos, no adoctrinaba, no daba lecciones de moral. Los historiadores de la literatura no admiten fácilmente los géneros no canónicos. Larra debió esperar a los hombres del 98 para su plena rehabilitación literaria. Se ha dicho que Ruano fue un escritor sin género, cuando la verdad es que los cultivó todos: la poesía, el cuento, la novela corta, la novela, el ensayo e incluso el teatro. Pero tuvo la desdicha de cultivar un género no canónico, el artículo. Eso no lo exime, y él vuelve sobre la cuestión en el diario, de no haber explotado mucho más sus enormes, increíbles posibilidades. Pero si Cetina ha pervivido en la memoria literaria con un madrigal, ¿por qué Ruano no puede trascender su circunstancia con un puñado de artículos? Como ha dicho algún comentarista de Ruano, un anillo puede ser preferible a un collar.

Tenía el autor las ideas muy claras sobre lo que hacía como articulista. En primer lugar, consideraba que “el artículo literario, si no es humano y personal suele ser puro periodismo efímero”⁸. Ruano es un caso ejemplar de lo que Francisco Umbral ha llamado la “escritura perpetua” en el libro que le ha dedicado, el único que yo sepa consagrado a él⁹. No sólo su visión del mundo es literaria —el mundo es un texto—, sino que afirma en la literatura su yo y escribe su vida y se escribe, pues vive para escribir, para publicar diariamente, para afirmarse diariamente. Esto fue lo que hizo Ruano: *escribirse*. Sus columnas llevan su huella existencial de cabo a fin, sin ser autobiografista. Él creía en la perennidad que otorga el libro, pero el libro no lo hizo perenne; la perennidad, aun la peregrina perennidad de unos cuantos adictos, se la concedió lo efímero. Las memorias son la concentración de lo efímero. Ruano encontró su género permanente en el artículo. Hombre cronológicamente del 27, no fue admitido en el grupo por varias razones, entre ellas porque su formación cultural e ideológica no era la de aquellos poetas y, sobre todo, porque lo suyo era la prosa; en ella se agigantaba el poeta que en él alentaba, que publicó muchos libros de poesía. A veces se desbordaba y llenaba su prosa de versos enmascarados; sin alcanzar estos extremos, lo que es evidente es que su prosa es prosa de poeta. Veamos el uso del adjetivo y la metáfora en Ruano (en algún caso el adjetivo es metafórico):

Madrid —*amarillo y verde*— se vuelve loco.

Verde de la vida, amarillo de la muerte es el paisaje que rodea a la heroína del 2 de mayo, “la novia de Velarde”.

En el mismo texto:

una multitud crispada e *hirsuta*
 el Pirineo *ignaciano* y azul.
 un pueblo heroico, agónico y *desproporcionado*,
 ella, *violenta de amor, desairada* de las calles en fiesta de muerte,
 geografía *enorme del enorme* mundo, se limitaba a aquel rinconcito de
 Montealeón.
 aquel Rey, *áspera* y profundamente injuriado [Fernando VII],
 sus pasos *duros y exactos*.

Es patente la búsqueda del adjetivo no gastado, creador, fresco. Las metáforas se acumulan en la prosa de Ruano, poeta educado en las vanguardias y su culto a la imagen. Veamos algunos ejemplos:

cielo de Cádiz, *cielo de litografía liberal*.
 [matanza] *purga de plomo*
 [niños] *ojazos espantados de campo vivo y luna muerta,*
la muerte sin esquinas que no pone triste a Dios.
las tripas de las bestias como nubes rasgadas que llovieran
caliente sangre inocente con ruido militar.
 [puñales de las mujeres en los caballos de los mamelucos] *cornada*
de brazo blanco y desnudo
 [ella...] *corza acosada, ritmo desesperado de soledad...*
el viento, loco de cipreses [de muerte], que prenda por la cintura
su recuerdo...
 su pecho, *tobogán de sobresaltos...*
 se echó a la calle como un airón *loco al loco viento funeral*
 Corría *tonta de esquinas* [sin encontrar a su amante]...
 muros... *altos de frío y luna próxima*¹⁰.

La sombra de Ramón y la greguería alienta detrás de Ruano, que nunca ocultó su admiración por él y en cierto sentido fue su discípulo. Lo despidió a su muerte con un maravilloso y conmovido artículo, que ya hemos citado, “Ramón del alma mía”, donde puede leerse:

Ramón es un caso sin precedentes en nuestra literatura. Por de pronto, de eso de humor, aunque parezcan gordas afirmaciones así, ni hablar. A no ser que nos refiramos al humor de Quevedo o al de Kafka, que, en muchos aspectos, me parece un hijo natural de Ramón, aunque no lo supie-

ra. A no ser que nos refiramos a un humor ni negro ni amarillo, sino morado; a un humor patético en el que todos sus afilados y escalofriantes aciertos salen de un fondo gordo de agua gorda. Ramón era como un botijo del que pudieran sacarse las mejores porcelanas de Sèvres.

...

De todos los escritores contemporáneos, Ramón, que no deja un solo discípulo, es el que más nos ha influido a todos con la verdadera influencia, que nada tiene que ver con la imitación. Su influencia yo la llamaría afluencia, Ramón nos enseñó, a la luz de una cerilla, todo lo que llevábamos en los bolsillos sin saber por qué nos abultaba la americana¹¹.

Él fue su verdadero discípulo con su visión rabiosamente literaria del mundo y en su concepción de la escritura como oficio perpetuo, que no admite pausa ni descanso, además de serlo en su predilección por la imagen. De la conjunción de la greguería y de la prosa novecentista —Ortega, Miró, d'Ors—, más el ejemplo de laconismo y pureza de Azorín, brota la moderna columna literaria, que erige a Ruano como el modelo indiscutible.

Una nota define a nuestro escritor: el lirismo. Todo remite siempre a la perspectiva del yo. Así escribió una vez que “si no hablo de amor en un artículo, me parece que me falta algo”¹². Puede tratarse del lirismo histórico, cuando juega al pastiche histórico en las evocaciones de “La novia de Velarde” o “El caballero Casanova en la noche de España”. Pero también sabe de un lirismo intimista en sus artículos especialmente intensos sobre el tema del acabamiento, del amor que pasó, de la vejez y la muerte que se acercan. El Ruano, por ejemplo, del otoño:

¿Qué pájaro antiguo se ha bebido mi sangre?¹³

Se acumulan en este sentido las obras maestras: “Canción de Abril-44”, “Nadie sabe cómo ha venido”, “21 de Marzo”, “Canción a la primavera”, “Donde habita el olvido”, “Frontera de Abril cuando el otoño pasa”, “El ‘couplet’”, “Los muertos inciertos”, “Los vivos y los muertos”. Es también el lirismo de la elegía por escritores y artistas: “Apenas se llamaba Antonio” Machado, “Dolor de Octubre”, por Baroja, “Ramón del alma mía”, por Gómez de la Serna”. El lirismo de la elegía “canalla”, como el artículo en memoria de una asesinada prostituta de Barcelona, “La Laura”. Es también el lirismo de lo grotesco: “Pavana de la tía guarra”, “Matrona del estío”.

El lirismo de Ruano es madrileño pero nunca es costumbrista. A veces parece que va a caer en él, como cuando escribe el entonces inevitable artículo de las castañeras, un personaje ya desaparecido; Ruano hace, en cambio, greguerías:

... tienen algo de cocina en el bosque, de cacique preesquimal, donde se asan lentamente pedadictos de paisaje.

Con los puestos de castañas, la ciudad fuma en pipa¹⁴.

Y termina hablando de sí mismo: de las castañas que una vez le vendieron envueltas en un cucucurucho de periódico... que llevaba un artículo suyo. El lirismo madrileño de Ruano es baudeleriano (lo biografió, lo tradujo), es errante, nostálgico. Así el lirismo del amor y la muerte, de las acacias y los árboles¹⁵, del viaducto, cuya posible demolición le parece el fin de “la barquilla aérea del avión de Caronte”, como dice el autor en su increíble “El monstruo herido”. Espacio madrileño de los paseos, de los cafés que se cierran, de Ramón; espacio madrileño del Retiro convertido en lago espectral de amantes que se suicidan y de suicidas sin amor (“laguna Estigia de la miseria paseante madrileña”¹⁶), Ruano entrevé Madrid (“Madrid entrevistado”¹⁷), Fíguro de derechas que en su fondo sólo alberga un inmenso vacío.

El autor albergaba una consciencia muy clara de las reglas y alcance del artículo (o de la crónica) y así lo dejó expuesto en su “Arenga sobre la crónica y la literatura”¹⁸. En ella señalaba varios puntos:

1. El tema no es importante, la “crónica abstracta” es la más difícil. Lo que importa, pues, es la mirada del escritor. Este punto es esencial. De Ruano se ha dicho con razón que escribió mucho sobre cosas sin interés. Pero esa es la prueba de fuego del genuino escritor. Escribir de nada, escribir sobre la escritura. Así escribía a veces Ramón, así escribe a veces Quevedo, así escribe, en otro plano, Góngora, a quien lo que le importaban de veras eran la sintaxis y la metáfora. Eso no da muchos lectores, pero qué más da.

2. El artículo no debe ser “un ensayo”, ni un cuento, ni parecer libresco. Ruano reivindica así su autonomía.

3. Ha de estar temporalizado.

4. Ha de tener estructura: “arquitectura o sentimiento de las proporciones”. Lo compara con el soneto: “La crónica tiene mucho de soneto en cuanto a rigor técnico”.

5. No debe tener demasiadas ideas. “El artículo ideal debe de tener una sola idea y, luego, sub-ideas consecuentes”.

6. Lo personal en el artículo es un modo de hacer compartir la experiencia. El escritor no es distinto de los demás. (“Creencia falsa” creer que “lo personal no interesa a nadie”).

7. No importa que “el tema o motivo sea demasiado conocido”. De nuevo la mirada personal; “cada uno verá y transmitirá una torre Eiffel propia y distinta a la de los otros”.

8. Relevancia del artículo: “La crónica es hoy día el género más alto y expresivo de la literatura”. Nunca un género menor, y lo explica por la evolución de los géneros cronísticos que han perdido su especificidad.

Umbral seguirá paso a paso esta poética, que cimenta un género transversal al periodismo, la columna, que es ante todo un género literario, pues no lo mueve la información como objetivo primordial, ya que obedece a la pulsión entrecruzada del latido personal y la literatización del estilo.

¿Podía contar Ruano con otros precedentes? No podía servirle Unamuno, que era siempre un ensayista en sus artículos, como tampoco Ortega, que convertía el folletón de *El Sol* en el espacio donde imprimir las meditaciones de su espectador, aunque Ortega, ya lo he adelantado, fue muy pronto un soberbio modelo estilístico, al que las generaciones de entreguerras sintieron como el padre de la modernidad de la prosa, al igual que Juan Ramón Jiménez era el padre de la modernidad poética. El único escritor de esta época que es columnista, en este sentido restrictivo, es Eugenio d’Ors y sus glosas, al menos muchas, las mejores, de ellas. Ya he aludido antes a él y conviene no desatenderlo. El d’Ors de los años veinte es el mejor y escribe en castellano.

Hoy existe mucho columnismo político, social, incluso deportivo, pero el columnismo puro, isla de literatura que emerge del océano del periódico, sigue siendo escaso. Me gustaría citar como buen columnista a Antonio Muñoz Molina, aunque hoy, por razones que no vienen al caso, su estilo me entusiasma menos que antes.

No es probable que la obra de Ruano salga del olvido, o semiolvido, en que hoy vive. El género menor que enseñoreó sigue sin dar para mucho, sobre todo en un país tan poco literario como es éste. Umbral ha tenido que luchar mucho contra la “acusación” de periodista, señal de que el columnismo literario continúa siendo considerado un género menor.

Pero Ruano no malgastó su talento, como creen algunos. O no lo malgastó del todo, si me apuran. Hizo muy bien aquello que sabía hacer. No quiero dejar de citar algunas obras maestras que no han salido en

este rápido examen; figuran todas en *Trescientas prosas*: "Las tres cosas de Julio Romero", "Encendida soy un peligro", "Frente al mar", "Segunda muerte de Salomón o última tarde de Tyrone Power", "También vosotras", "Exequia para un raro escritor", "Viaje a la cama", "Ante un retrato de hace quince años", "Frontera de la muerte o mundo mágico de la carne". Si algún día comenzamos a saber que lo único que importa es la literatura, sea ésta aforismo, cuento, poema o novela, quizá ese día, que cabe suponer todavía lejano, Ruano tendrá algunos lectores más. Él era muy consciente de todo esto. Así escribió en el *Diario*:

Decididamente yo he puesto todo cuanto pude en muchos artículos, cosa que no he hecho quizá en los libros de unidad. Soy un disperso, un notario del tiempo pequeño. Probablemente la crónica, el artículo, que tantas veces he creído un simple medio de vida, ha sido mi más sincera expresión literaria. He tenido que llegar a cumplir treinta años de profesión activa y sin descanso para empezar a plantearme este problema con íntima sinceridad; entre mi vocación y mi industrialización literaria no hay diferencia¹⁹.

Si un cuadro de pequeño formato —los jardines de la villa de Medicis velazqueños— o un madrigal, de Gutierre de Cetina, pueden ser considerados obras maestras, por qué no lo va ser una columna. Aun así, nunca tendrá Ruano demasiados lectores seguramente, pero no se trata de sumar votos sino buenos lectores, un poco al modo de aquel "hipócrita", "semejante" y "hermano" lector que describió Baudelaire, con quien nuestro escritor tanto quería.

NOTAS

- ¹ En prensa este texto, aparece la recopilación de Miguel Pardeza, *Obra periodística I* (1925-1936), Mapfre, Madrid, 2002. España Calpe ha reeditado en 2002 la biografía de Baudelaire.
- ^{1bis} César González-Ruano, *Trescientas prosas*, Prensa Española, Madrid, 1976, y *Diario íntimo* (1951-1965), Taurus, Madrid, 1970.
- ² Ignacio Soldevila Durante, *Historia de la novela española (1936-2000)*, vol. I, Cátedra, Madrid, 2001, pp. 359.
- ³ En *Poesía*, ed. Francisco Rivas, Trieste, 1983, pp. 179-180.
- ⁴ César González-Ruano, *Diario íntimo (1951-1965)*, ed. cit., p. 12.
- ⁵ Andrés Trapiello, *El escritor de diarios. Historia de un desplazamiento*, Península, Barcelona, pp. 118-120.
- ⁶ *Diario íntimo*, ed., cit., p. 1054.
- ⁷ César González-Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias. Memorias*, Tebas, Madrid, 1979, p. 154; la tercera edición es de 1997 y 1998 y corrió a cargo de la Fundación Mapfre. Esta institución ha editado también recientemente *Ni César ni nada* (1993), *Dos cuentos italianos* (1994), *La vida íntima* (1995), *Viaje a África* (1996), *Las palabras quedan* (1999), *Mis casas* (2001).
- ⁸ *Mi medio siglo...*, ed. cit., pp. 571-572.
- ⁹ Francisco Umbral, *La escritura perpetua*, Mapfre, Madrid, 1989.
- ¹⁰ En “La novia de Velarde”, *Trescientas prosas*, ed. cit., pp. 9-12.
- ¹¹ “Ramón del alma mía”, *Trescientas prosas*, ed. cit., pp. 210 y 212.
- ¹² “90 años de Azorín”, en *Trescientas prosas*, ed. cit., p. 210.
- ¹³ “Donde habita el olvido”, en *Trescientas prosas*, ed. cit., p. 115.
- ¹⁴ “Las castañeras”, en *Trescientas prosas*, ed. cit., p. 264.
- ¹⁵ “Canción de Abril-44 (Telegrama cifrado)”, “Los árboles de Río Rosas”, en *Trescientas prosas*, ed. cit., pp. 55-56 y 389-390.
- ¹⁶ “El misterioso estanque del Retiro”, en *Trescientas prosas*, ed. cit., pp. 43-45.
- ¹⁷ Título de la primera sección de *Trescientas prosas* y también de un libro de Ruano.
- ¹⁸ “Arenga sobre la crónica y la literatura”, en *Trescientas prosas*, ed. cit., pp. 399-402.
- ¹⁹ *Diario íntimo*, ed. cit., p. 558.

Conde de lo mismo

ANDRÉS TRAPIELLO

“Agustín de Foxá, conde de lo mismo...”. Así empezaba uno un escrito que se iba a publicar hace casi veinte años, en 1984. ¿Entonces Foxá, conde de Foxá, marqués de Armendáriz, académico de la Real Española, ministro de España en Manila y del Brazo de la Nobleza Militar de Cataluña era un heterodoxo? ¿Lo sigue siendo hoy, como asegura el epígrafe que le agrupa en este ciclo de conferencias?

Vayamos por partes. Foxá murió pronto, en 1959. Y relativamente joven, a los cincuenta y tres años. ¿Qué idea tendríamos hoy, literariamente se entiende, de Gonzalo Torrente Ballester o de Luis Rosales de haber muerto éstos en esa fecha temprana? De momento a ninguno de los dos se les hubiera reconocido con un premio Cervantes que equilibraba, en una época democrática, los excesos de sus años al servicio de Franco y de la Falange. Recordemos, por un momento, lo que en 1959 hacían en España escritores e intelectuales como Laín Entralgo o Antonio Tovar. En realidad deberíamos preguntarnos en qué empleaban su tiempo y su talento todos los intelectuales y escritores señalados que vivían en ella. No tenían mucho espacio donde desenvolverse, desde luego, y se diría que la vida intelectual española había de apretarse entre el café Gijón y la Academia de la Lengua, mientras algunos, lejos de Madrid y de la Academia, como Pla o Cunqueiro, trataban de capear el temporal con maneras más o menos británicas hablando de los salmnetes del Cabo de Creus o de la lamprea galaica.

Los cincuenta seguían siendo años ciertamente duros aún y la exaltación que a los vencedores les había producido haber ganado la guerra no había desaparecido. En algunos casos se diría que se había decantado e incluso crecido. Hacia 1959, unos años más, unos menos, Antonio Tovar, por ejemplo, que principiaba sus clases con el saludo romano,

metía bajo palio a Franco en la catedral de Salamanca y en su universidad probablemente le haría doctor honoris causa. Bastaría levantarse de la silla en la que estoy sentado mientras escribo estas líneas para confirmar este dato del que ahora dudo, pero que de algún modo hemos de dar por bueno, ya que sabemos que en esos años Franco era doctor honoris causa de todas y cada una de las universidades españolas. Incluso respecto de personas que mostraron pronto su desafección al régimen, como Ridruejo, ¿sería nuestra opinión la misma de no haber visto un desarrollo más amplio para su vida y para su obra? ¿De haber muerto Ridruejo en 1959 tendríamos formada de él la idea que dieciséis años más de vida nos permitieron tener, aunque lo decisivo en su vida hubiera ocurrido ya veinte años atrás, en plena guerra?

Si lo prematuro de la muerte de algunos escritores, en según qué circunstancias, viene a acrecentar su fama, en otros vemos claramente que acaba por malograrla.

De modo que podemos decir que Foxá, como le ocurrió a Leopoldo Panero, se va en el peor momento para sí y para su obra, sin tiempo para componer, enmendar o difuminar pasajes de su pasado que el porvenir iba a dejar en lugares bastante desairados.

La posteridad de los escritores del régimen, o que lo apoyaron de una manera no velada, tampoco fue demasiado glorioso, como no ha sido pródiga para con ellos nuestra modernidad. No lo fue en modo alguno para el amigo íntimo de Foxá, literaria, personal y políticamente hablando, Sánchez Mazas, que murió a los sesenta y siete años, en 1966, y no lo fue para González-Ruano, que había muerto un año antes, en 1965, o para Gómez de la Serna, que lo hizo en 1963, o para el cineasta y poeta Edgar Neville, desaparecido en 1967. Los que lograron sobrevivir al régimen, pensemos en Pemán, Halcón o Montes, llevaban muertos hacía ya muchos años, aunque en algún caso sepultados de honores y confites de los lectores del barrio de Salamanca. Sólo el saltimbanqui Giménez Caballero pareció despedirse de este mundo con una pirueta feliz, de eterno clown, convencido de que su vida había sido una larga y fecunda sucesión de situaciones interesantísimas gracias a su celestineo político o literario, empeñado en sentar en una misma timba a comunistas y fascistas o en apalabrar la boda de Hitler y Pilar Primo de Rivera.

Todos estos datos, todas estas datas, diríamos, son muy necesarias para saber de qué estamos hablando cuando nos referimos a la heterodoxia de Agustín de Foxá.

El propio Foxá lo llevaba con cierta gracia, o mejor dicho, con cierto cinismo. En una de esas pirotecnias verbales que se le atribuyen,

quiso despejarse él mismo el camino, por si no lo estaba ya lo suficiente: “Soy rico, soy conde y soy gordo, ¿cómo no iba a ser reaccionario?”.

Se puede ser un heterodoxo siendo gordo, desde luego, como lo era Foxá, y a la cabeza se nos viene una fotografía de Lezama Lima, a quien Foxá conoció en La Habana. Pero ¿sería posible ser heterodoxo siendo conde? El caso de Tolstoi, que también era rico, es bastante elocuente al respecto, y alguien como Sade, el divino marqués, nos enseña que se puede ser al mismo tiempo heterodoxo y reaccionario, profundamente reaccionario. Así que se puede ser rico, se puede ser conde y se puede ser gordo sin ser necesariamente un facineroso ni un cavernícola, como creía Foxá. Lo que es un oxímoron insalvable es que se pueda ser heterodoxo escribiendo en el *ABC*, como no se puede ser Papa de Roma y accionista del Folies Bergères, y Foxá fue fiel a ese periódico monárquico toda la vida.

No deberíamos nunca creernos lo que dicen escritores de los demás y mucho menos lo que dicen de sí mismos, tanto si se confiesan muy reaccionarios como si están convencidos de lo contrario.

Que Foxá fue un gran reaccionario, sirviendo a Franco, es cosa de la que no cabe dudar, como tampoco cabe pensar que no lo fuese Rafael Alberti poniendo su pluma y su pistola al servicio de Stalin, que le condecoró por ello. La cuestión es, sin embargo, otra bien distinta. A saber, si se puede ser un gran escritor siendo a la vez un gran reaccionario.

Hace años compré en el Rastro un bonito tomo encuadernado artesanalmente que incluía buena parte de las páginas originales del periódico *ABC* en las que venía una colaboración de Foxá. No son esas todas las que escribió para el periódico monárquico, pero es interesante leerlas ahí y no en el tomo correspondiente de sus obras completas, porque es en esos papeles amarillos donde las vemos en su medio, entre los escritos de otros colaboradores, los célebres huecograbados con imágenes de la época (mucho Hitler con ditirámicos pies de foto y mucha Celia Gámez) y esos anuncios comerciales que nos enseñan con frecuencia más de una época que todo un libro de historia. La recopilación artesanal de Foxá se abre con una crónica, recién acabada la guerra, de abril de 1939, y se cierra con las páginas que el mismo periódico dedicó a su muerte, veinte años después, con artículos y pareceres varios de sus contemporáneos ilustres y propincuos: Marañón, Pemán, Fernández Almagro, Gerardo Diego, Fernández de la Mora, Luis Escobar, el padre Félix García y González-Ruano.

“El de Agustín de Foxá”, concluía el anónimo autor de una necrológica que por su ubicación y tono tenía las trazas de ser el editorial del

periódico, “es nombre que ocupará lugar preeminente en la historia de las letras de nuestro tiempo. Facilísimo versificador, colorista brillante y lírico admirable, sus poemas son dechado de delicadeza y de emoción y en cualquier antología poética no podrá faltar su nombre, como no podrá estar ausente de las selecciones de las prosistas”.

El vaticinio del *ABC* no pudo tener, como ha podido comprobarse con el tiempo, menos tino, y, cuarenta años después de su muerte, ni Foxá ocupa lugar alguno en la historia de las letras ni su nombre figura en las antologías ni ninguna de sus obras, salvo su célebre *Madrid de corte a checa*, y ésta por razones de pintoresquismo político, ha vuelto a reeditarse.

Lo único que de él, pues, nos quedan son sombras, leyendas, cenizas o una frágil huella como la de este tomo encuadernado de manera artesanal hallado en el Rastro.

Se ve que está compilado por un lector devoto y entusiasta de nuestro conde, que necesitaba volver sobre muchos de esos artículos, como necesitamos visitar algunos de los lugares en los que hemos sido felices o donde nos han enseñado a serlo.

¿En qué ha podido errar el pronóstico del *ABC*, en qué han cambiado las cosas para que una posteridad que se prometía feliz para la obra de este Agustín de Foxá haya podido serle tan hostil o, cuando menos, tan indiferente?

La respuesta a esta pregunta se intentó en un artículo en el periódico *El País* sobre *Madrid de corte a checa*, también de 1984, que le valió a uno la inclusión, sin comerlo ni beberlo, como aquel que dice, pero para que tuviera que tragárselo, en un mamotreto demencial del historiador Rodríguez Puértolas sobre literatura y escritores fascistas en España, origen de muchos malentendidos, más o menos cómicos y más o menos ingratos, que vinieron después y de los que el propio Rodríguez Puértolas acabaría zafándose.

“Literariamente”, se decía en ese artículo, “los escritores que fundaron la Falange se quedaron sin generación. Ganaron la guerra, pero perdieron las páginas de los manuales de literatura”.

Esto, en 1984, era incuestionable, y podía hacerse extensivo a Foxá, a Sánchez Mazas y a Montes, desde luego, que fueron los escritores más valiosos de la Falange, no siendo ninguno de ellos, por otro lado, activistas políticos en su literatura, como iban a serlo Laín, Rídruejo, Torrente o jóvenes como García Serrano, militantes de un ideario falangista ligado a su propia visión literaria. Se diría de los primeros, pues, que, ganada su Revolución, pasaron el testigo ingrato de

la ideología a generaciones más jóvenes, para dedicarse ellos a mieles más elaboradas.

Y si de éstos, y de otros, como los mentados Rosales o Panero, pudo decirse que ganando la guerra habían perdido los manuales de literatura, pudo asegurarse decir también de otros a quienes la sospecha de colaboracionismo o de pasividad culpable ensombreció igualmente, toda una serie de escritores cuyo desprestigio entre los dirigentes culturales de la transición política era notoria, y que agrupaba a casos tan disímiles como el de Azorín, Unamuno, Baroja, Ortega o, por razones de complejidad diferente, el de Gómez de la Serna o el de Gerardo Diego. De ninguno de estos hubiera podido asegurarse que habían ganado la guerra, porque ninguno de ellos la sintió como “su” guerra. Algunos incluso, como Unamuno, ni siquiera pudieron hacerla. Pero a todos se les reprochó, de una u otra manera, más tarde o más temprano, casi siempre desde los baluartes del exilio español, no haberse puesto claramente de parte de los vencidos, lo que durante unos años significaba ponerse claramente a favor de los manuales de literatura.

Y en fin, había también otros escritores, pensemos en Max Aub o en Sender, en Cernuda o en Gil-Albert, que sintieron que además de haber perdido la guerra, habían perdido ese efímero minuto en las aulas y programas universitarios, frente a quienes como Cela o Dámaso Alonso parecían haber ganado ambas, guerra y notoriedad literaria.

Siento mucho haberme demorado tanto tiempo en levantar un plano de la época vagamente fiable, pero no lo habría hecho si no dependiera de ello una mejor comprensión del concepto de heterodoxia. Con esa cartografía ante los ojos se habrán dado cuenta ya a estas alturas de que ese concepto está sujeto precisamente, más que ninguno otro, al tiempo, a los usos y costumbres de ese tiempo, a la moralidad política y literaria de cada momento, a los compañeros de viaje y a las circunstancias, de la misma manera que los colores no son nunca lo que son en términos absolutos porque son lo que son en buena medida por aquellos otros que les guardan los flancos.

Así tenemos, por ejemplo, que alguien como el cucañista Laín fue siempre un ortodoxo, lo fue con la Falange y el fascismo, y lo fue al llegar la democracia, en la que nadie discutió que pudiera ser también un ortodoxo de la democracia, mientras otros, por el contrario, se las arreglaron para ser heterodoxos en todo momento (no tenemos más que pensar en Unamuno), y otros lograban ser heterodoxos y ortodoxos al mismo tiempo, sin que sepamos muy bien cómo lo lograban. Para muchos Baroja, por ejemplo, fue el arquetipo del anarquismo.

ta conservador como fue Pla, para otros, lo más parecido a un conservador anarquista.

¿Y Agustín de Foxá? Desde luego su trayectoria vital fue la de un hombre de orden, alguien al servicio de la ortodoxia política y literaria desde que nació hasta que murió. Ni literaria ni políticamente hubo nada en él ni en su obra que no nos hable del esfuerzo desesperado de que las cosas siguieran como estaban cuando él entró en escena.

Y sin embargo... En Foxá las cosas son siempre muy sutiles, como una corriente subterránea que parece poner en cuestión todas esas creencias que en principio parecerían sagradas.

Veamos una entrevista que le hacen al ser nombrado académico, en 1956. El *ABC* que ya era feliz poniendo bajo la firma de Foxá, "Conde de Foxá", no pudo serlo más cuando, al menos durante un par de años pudo poner al fin debajo de "Conde de Foxá" el epígrafe "de la Real Academia Española".

El tono de zumba en esa entrevista, quizá involuntario, roza casi lo inconveniente.

Iba a ocupar el sillón Z en el que durante muchos años había reculado Agustín González de Amezúa.

—¿Qué siente en este justo momento, Foxá?

—Orgullo y satisfacción. Diga usted que ésta era una de las grandes ilusiones de mi vida".

El ligero cinismo es tan patente que hasta el reportero no puede evitarlo.

—¿Quién fue el primero que le habló de su ingreso en la Academia?

—Don Agustín González de Amezúa. Al acabar la guerra, me dijo: 'Foxá, tengo mucho interés en que venga usted a la Academia. Claro —añadió— que es usted todavía muy joven'. Después, en varias ocasiones, me volvió a hablar de lo mismo. Y el año pasado, cuando coincidimos en una fiesta en la embajada de Cuba, insistió: 'Espero que entre usted en la Academia, y quizá en mi vacante'. Entonces yo le contesté: 'Pero si está usted magníficamente'. Diez días después le enterrábamos. Y se llamaba igual que yo, Agustín."

Quienes conocieron a Foxá afirmaban que por una frase ingeniosa era capaz de echar a rodar su carrera, y de hecho se dijo que dos o tres de esas frases dichas personalmente a Franco, con quien no simpatizaba demasiado, le habían llevado a un destino filipino en cuyo clima malsano se exacerbaría la enfermedad que le llevó a la muerte al poco tiempo. Diríamos que fue un hombre que cuando no tiraba piedras contra su propio te-

jado, se volaba los puentes. Quizá los frutos de todo ello fuese esa enigmática “deslealtad” a la que se refería el compilador de su obra completa, Fernández de la Mora. Porque si algo tolera bien poco la ortodoxia de cualquier signo es el humor y el ingenio, y eso es lo que hallaremos en mucho de lo que escribió, adobado siempre con finas especies poéticas.

Ahora bien, el núcleo de todo no puede ser más patente, cristalizado en el pavor de una pérdida: Si el hombre libre piensa en una perpetua renovación, el hombre reaccionario teme sobre todo una pérdida capital: la del Paraíso y los privilegios que esa propiedad le reportaba. Todo lo que escribió Foxá nos remite una y otra vez a ese paraíso en el que él nació, el de su clase, el de su condado, el de su tradición, el de su castillo, sus gobelinos, sus Murillos, sus vitrinas para *bibelots* y toda esa tela de araña de relaciones sociales convencionales a cuya conservación inmoló incluso su vida con una carrera que no podía ser más adecuada a sus propósitos: la de diplomático.

Creo que ha llegado el momento en el que nos refiramos mínimamente a algunos datos biográficos. Nació en Madrid en 1906 y en 1930 obtuvo su primer destino. Fue a Sofía y Bucarest. Allí escribió un librito de romances de neto corte lorquiano que se titulaba *La niña del caracol*, que Altolaguirre, a expensas del autor, le imprimió en la calle Viriato, después de haberle escrito un prólogo.

Antes de la guerra tuvo tiempo de dedicarse, con algunos otros señoritos y señoritas de la derecha española, al fino ejercicio de dandismo literario de visitar las viejas sacramentales madrileñas en jornadas que recibieron el nombre de “los crepúsculos” y que dio lugar a un precioso y raro tomito en tirada de doscientos veinticinco ejemplares, igualmente salidos de las minervas de la calle Viriato, y bajo el auspicio de Natalio Rodríguez de Rivas, y a un precioso poema del propio Foxá, que tituló “Cementerio de 1800”.

Los crepusculares fueron un grupo de poetas italianos que tanto Foxá como Sánchez Mazas conocían de sobra, y de ellos hubieran podido tomar también el nombre. Una vez más, la visión de pasado y la recreación de atmósferas desaparecidas, que de una u otra forma acaban en exaltaciones expresas de la muerte, estaban en primer plano, como si con ello estuvieran convocándola en una guerra cercana.

Dos o tres meses antes de que estallara, Foxá tuvo aún tiempo de publicar el segundo de sus libros de versos, *El toro, la muerte y el agua*; se lo prologó Manuel Machado, llevaba dedicatoria impresa de su autor a Antonio Machado y un ejemplar del mismo aún lo pudo recibir Lorca, con palabras de sincera amistad, unos días antes de que el poeta grana-

dino partiera a reunirse con su propia y poco literaria muerte. Y era libro también en el que atacaba a “los banqueros místicos, el sucio patriotismo de los gordos con leontina” o “la moral ceniza de las solteras con el sexo helado” y “las bodas por hectáreas”. Dicho todo esto por alguien que era rico, que era gordo, que era católico, que fue un discreto libertino, que de hectáreas sabía lo suyo y que ya había compuesto alguna de las estrofas del “Cara al sol”, uno se queda pensativo. Es preciso tener en la mano tales datos para comprender el drama civil que se les echaba encima a todos y que fracturó el cántaro español de la manera que sabemos.

Foxá, a quien el levantamiento contra la República sorprendió en Madrid como funcionario de esa misma República que él y los suyos habían tratado de derrocar, logró salvar su vida de milagro y vivir en Madrid lo bastante como para llevarse en la memoria imágenes muy reales de lo que en Madrid sucedió en las primeras semanas de la Revolución.

Ya a salvo, llegó a Bucarest después de haber pasado por Burgos y recibido allí órdenes para un doble juego que finalmente no pudo sostener más allá de cinco meses, tras los cuales recaló en Salamanca. Allí, en el hotel Novelty y en una finca familiar de Ciudad Rodrigo, con sus recuerdos de las primeras semanas de la guerra y otros relatos de testigos presenciales de lo que estaba ocurriendo, escribió *Madrid de corte a checa*, libro cuyo interés, creo, más que de sus virtudes novelescas, está derivado de su valor documental y de su patetismo, pues, al fin y la postre, no estamos hablando de un nuevo *Guerra y paz*, que es un libro que Foxá, siendo conde, hubiera podido también escribir, sino de un reportaje de circulación restringida a los personajes del drama. A pocas obras podríamos aplicar el concepto de “falacia patética” de la que hablaba Luis Cernuda, citándolo de Ruskin. Es un libro al que, tanto como sus virtudes, levantaron las expectativas de sus lectores.

El éxito de la obra fue clamoroso, tanto porque se daba rango literario a un testimonio verídico como porque abriría todo un género que iba a conocer enorme éxito después de la guerra. Además, o sobre todo, estaba escrito de una manera brillante, más cerca del espejo deformante de Valle Inclán y su esperpento y de la florituria ramonesca que de la piadosa longanimidad del Galdós de los Episodios Nacionales al que se le comparó. Estamos ante un libro muy años treinta, desde luego.

Los retratos que haría de todos sus viejos amigos de la literatura, la mayor parte en trinchera contraria a la suya, participaban tanto de la realidad, que la mayor parte acabaron en caricaturas, algunas por cierto

tan despiadadas como certeras, lo mismo que otras nos resultan tan improbables como eficaces para su propósito de propaganda y agitación políticas. Al terminar la guerra, por ejemplo, en un artículo que se titulaba “Los Homeros rojos” Foxá escribió: “Sender, Herrera, Benavides, Falcón, en la prosa; Cernuda, Miguel Hernández, Altolaguirre, en el verso, son los tristes Homeros de una *lliada* de derrotas”.

Le pasaba a Foxá con las recapitulaciones lo que al *ABC* con los pronósticos. Como ustedes saben, Sender, perseguido y vejado por Líster, tuvo que huir de España en plena guerra, lo mismo que Altolaguirre, y ni Herrera ni Benavides ni Falcón significaron nada. En cuanto a Cernuda, abandonó Valencia acosado por su homosexualidad, y Hernández se pasó toda la guerra enemistado con Alberti, factótum de la política cultural de izquierdas.

Vinieron después sus misiones diplomáticas en la Finlandia fascista, donde coincidió con Curzio Malaparte, que le haría protagonista de una de las partes de su novela *La piel*, y sus asentamientos en América, primero en Buenos Aires y Montevideo y luego en La Habana, plazas desde las que Foxá partió en incontables viajes por todo el continente americano.

Durante esos veinte años, los últimos de su vida, Foxá, tanto en América como en España, no dejó de escribir, siempre con la misma brillantez y facundia que en sus comienzos: artículos de periódico en primer lugar, muchos, desde todos los lugares por donde anduvo; poemas, de paz y de guerra, que fue publicando en modestas ediciones y que jamás le valieron la consideración de la comunidad poética española, y media docena de obras de teatro, en verso algunas, acogidas por los críticos, por los amigos y por el público con entusiasmo y hoy de problemática lectura y suspendido aprovechamiento.

Esta pequeña biografía podía quedar completa con el autorretrato en que Foxá, con vago humor, como hiciera Cervantes en uno de sus prólogos, habla de sí mismo: “Gordo; con mucha niñez aún palpitante en el recuerdo. Poético, pero glotón. Con el corazón en el pasado y la cabeza en el futuro. Bastante simpático, abúlico, viajero, desaliñado en el vestir, partidario del amor, taurófilo, madrileño con sangre catalana. Mi virtud, la imaginación; mi defecto, la pereza”.

Si al retrato añadiéramos las fotografías que en el mismo *ABC* aparecieron de su casa, en Ibiza, 1, junto a su madre, la marquesa de Armendáriz, comprenderíamos que está fuera de lugar hablar de un heterodoxo en su tiempo, aunque bien pudiéramos considerarlo heterodoxo literario del nuestro. ¿En qué sentido? Hemos llegado, al fin, a

la pregunta que nos hacíamos al principio: ¿puede un escritor reaccionario ser un buen escritor?

Creo que nos confundiríamos si pensamos que Foxá era reaccionario porque era un conservador. Ha habido muchos conservadores que no han sido reaccionarios. En literatura el reaccionarismo no son unas ideas, sino un tono. Las ideas de Foxá, como las de muchos en su tiempo, eran claras: monárquico, anticomunista furibundo, católico... Quizá pensara como Montes que el ideal de un diplomático era servir a una dictadura en un país democrático. Pero el tono de Foxá al que nos referimos es otro. Veamos este ejemplo, sacado, para hacernos una idea de un artículo de 1950: "Para morir en Berlín había que ser rubio y tener ojos azules. Pero por Moscú mueren todos los insatisfechos, que son la inmensa mayoría de los hombres que pueblan nuestro planeta. A los obreros se unen los fracasados, los tarados, los feos, los mutilados, los resentidos, los proletarios de piel (es decir, los malayos, los negros, los coreanos) cuantos sufren y siente una inferioridad no dulcificada por el amor. Recordad que en los tribunales de las checas de Madrid siempre había algún cojo o algún jorobado".

Aquí no son las ideas las que no son discutibles, sino que es el tono el que nos resulta inadmisibile y un hombre seguramente puede cambiar y corregir unas ideas, pero respecto del tono va a poder hacer poco, porque el tono está tan arraigado en uno como los modales. Se puede pensar, como él, que "los relojes, al socializarse, han perdido categoría, majestad", y no ver la belleza de los relojes nuevos, en relación a los antiguos, pero no creer que los relojes son menos relojes porque ya no son de uso exclusivo de los reyes. A Foxá le hubiera cuadrado aquella frase que cierto día escuchamos en José Luis, de la calle Serrano. "¡Qué lastima que la tortilla de patatas la hayan inventado los obreros!", o aquella de cierto cínico francés: "Los hijos son cosa de los pobres".

Creo que Foxá conocía sus propias limitaciones, de manera que evitó en lo posible tanto las ideas como determinado tono para hablar de ellas. Por ello procuró centrarse en algo que podemos identificar como "el verdadero tono Foxá".

¿En qué consistía tal tono? Partía, desde luego, de su capacidad innata para el exotismo, los adjetivos brillantes y coloristas y las secuencias cortas. Con ello sus artículos, la parte de su labor literaria que más estimó él, raramente no resultan vistosos, ligeros, atractivos, superficiales, viajados, mundanos y de grata lectura en un momento del periodismo español en que la competencia era extrema: Camba, Fernández

Flórez, Pla, Azorín, Baroja, Cunqueiro, Ruano, Sánchez Mazas... Los de Foxá son artículos sin conflictos y diríamos que sin excesivo contraste, como las postales: Foxá sólo habla de momentos felices y para aliviar las penas, no para subrayarlas. Los diplomáticos, y a veces tiene una idea de que los temas se los proporcionaban los almanaques, parece que no escriben con diccionario, sino con coctelera: todo les sirve si les achispa un poco la vida.

A ello contribuyó, sin duda, su mentalidad infantil. Alguna vez lo dijo: "Sólo me hubiera gustado ejercer el oficio de hijo". Era como decir, "el oficio de niño". Obligado a vivir en un mundo de adultos, y se supone que el de la diplomacia es además un mundo de viejos, Foxá se resistió a no mirar las cosas con los ojos del niño que no ha podido olvidar nada de lo que le hizo feliz. Y es aquí acaso donde reside la mayor virtud de su talento literario, porque un mundo literario propio no es tanto a veces la invención de uno, como la conservación y rescate del que ya se había perdido. Y eso fue lo que Foxá hizo mejor que nadie: poner su talento en hablarnos de todo lo que empezaba a desaparecer, los landós y quitrines, los paseos por el Retiro, las linternas mágicas, los relojes de cuco, las viejas casas, el mundo antiguo, los daguerrotipos... A Foxá le gustaba mucho la palabra *flirt*, para referirse a las relaciones con las mujeres, y podríamos aplicarla también para explicarnos sus lazos con el mundo antiguo: unas relaciones sin compromiso.

Pero lo cierto es que muchas gentes partían y parten de donde partió Foxá. ¿Dónde está la originalidad, pues, en alguien que no tenía la menor intención de ser original, dónde la modernidad de quien no quería ser moderno? Dejando al margen que ese programa de "nuevo romanticismo" lo asumieran en Francia precisamente los surrealistas y aquí las vanguardias obreras de Díaz Fernández, creo, en primer lugar, que proviene de cierto tratamiento vanguardista en el montaje y en la espectacularidad de algunas de sus imágenes. Todo en Foxá, en el verso y en la prosa, es rápido, trepidante, estética de *sleepings* y *wagons lits*, como los golpes luminosos de una película muda que nos deja sin asideros en medio de una realidad de alucinaciones, es decir, en medio de todo lo que ya sólo puede existir en nuestra memoria y en nuestros sueños.

De modo más decantado encontraremos esto mismo en su poemas, el mismo mundo y los mismos procedimientos, sólo que sometidos a la brida de rima y medida.

Nos podemos figurar el caso que se hizo, en una España sobre la que pesaba "un millón de cadáveres", la España de *Espadaña* y de

Oscura noticia y de *Ángel fieramente humano*, el caso que se hizo, repito, de unos poemas que hablaban del tiempo antiguo, del romanticismo, de unas damiselas de palores de porcelana (casi siempre novias o hermanas), de exóticos navieros y de mares del sur, y que además lo hacían en un tono descaradamente anacrónico, decadente y modernista: “Yo debía haber sido tu contemporáneo”, le dijo en verso a Rubén Darío. Sin embargo Foxá supo adscribirse desde el principio a esa tradición rubeniana de cantarines alejandrinos e inusitados adjetivos, de exóticos escenarios y exóticas metáforas, y de esa tradición no se salió jamás, abundando en ese modesto simbolismo de provincias que habían iniciado entre nosotros González-Blanco, Fortún y Sánchez Mazas y al que Foxá añadió de vez en cuando unas gotas, sólo unas gotas, del elixir surrealista o del humor dadá.

Y sin embargo, en muchos de estos poemas, y podíamos citar dos docenas de ellos, figura, acaso con más fuerza que en ninguno de sus contemporáneos, la trágica voluntad de resistirse al paso del tiempo y a la espantosa muerte, que cuajó en aquel mercedamente célebre poema que empezaba “Y pensar que después que yo me muera / aún surgirán manañas luminosas...”.

Es entonces cuando hemos de olvidarnos del Foxá reaccionario, ortodoxo o heterodoxo, incluso del Foxá represaliado o marginado literariamente, para asomarnos a aquello que él sabe darnos mejor que nadie: la esperanza de que siempre queda un lugar sólo nuestro, donde primavera y niñez son una y la misma eterna cosa. El Foxá en el que tan importantes o más que el mundo evocado son la fuerza de su evocación y el milagro vivo de sus representaciones; el Foxá que, hable de lo que nos hable, nos traerá su mundo y su tono, y en uno y otro ese mundo que la literatura ha hecho nuestro, delante mismo de los ojos, tan leve como firme, tan sutil como irrefutable, tan percedero como incorruptible y, sí, a veces, tan hondo y verdadero como imperceptible y liviano.

ISBN 84-451-2440-4



9 788445 124406